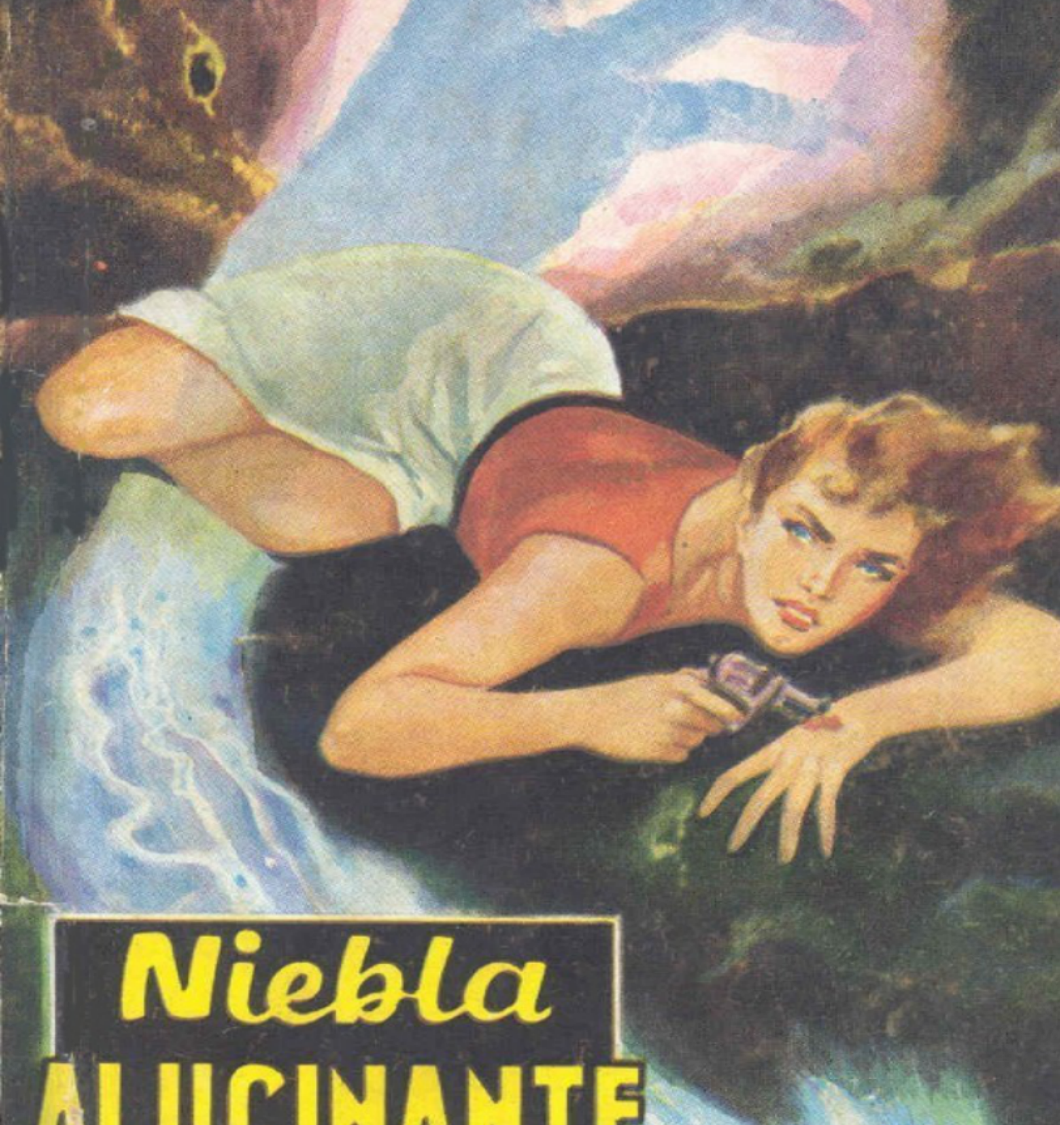


Niebla
ALUCINANTE
C. Aubrey Rice.-
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

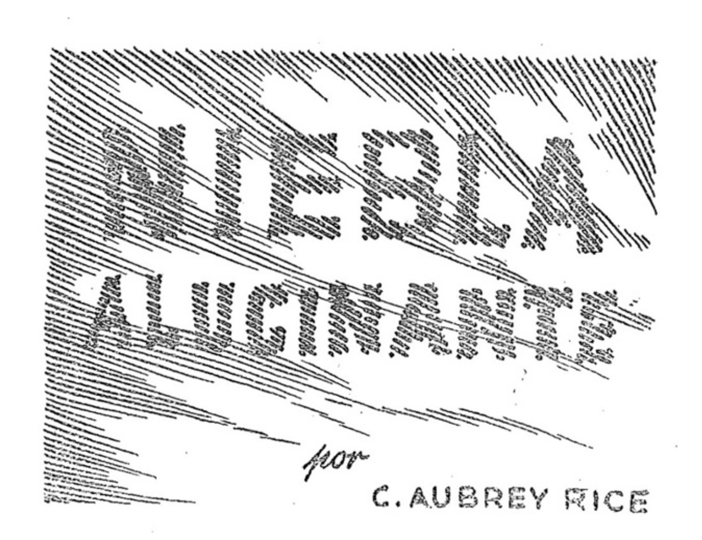

C. Aubrey Rice
NIEBLA
ALUCINANTE
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN

Depósito Legal: V. 1.318 - 1959

EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA

Número de Registro: 4.116 - 1959



CAPÍTULO PRIMERO

S

í, sí... Todo ha empezado hace diez minutos escasos. Ha sido como un sueño. Como un sueño raro.

Por lo menos, se lo aseguro a ustedes, achacándolo a sueño es como únicamente me explico el motivo -el verdadero motivo- de que mi automóvil esté ahí, empotrado en ese árbol, y yo aquí...

¡Si yo tenía que estar ahora en el dentista, con mi tía Fanny!

¿Que cómo ha sucedido?

Pues muy fácil.

Verán: hace unos diez minutos, cuando saqué el coche del garaje, cerré la puerta de éste y me volví a aquél, que tenía parado a seis yardas mal contadas.

Y entonces fue cuando me encontré con el pobre señor Kuht.

Estaba sentado en el estribo.

Tranquilamente sentado. Con el codo apoyado en la rodilla y sujetándose el mentón con la mano.

Y me miraba suplicante.

Lo descubrí, sin embargo, tan de sopetón, que se me cayó al suelo la llave del garaje.

Y al agacharme a cogerla vi que, cubriendo parte del enarenado caminito que va desde el garaje de mi casa hasta la carretera, había algo así como un gas azulado.

Era como una nube. Mejor dicho, como una nubecita. Como un vapor o como una niebla que flotaba a mis pies y que envolvía la

llave que se me acababa de caer.

Se apoderó de mí un temor vago, indefinido e indefinible. Un temor que, dicho sea de paso, se esfumó en cuanto me erguí.

Ignoro lo que pasaría después con el gas, niebla, vapor, o lo que quiera que fuera.

No me volví a preocupar de semejante cosa.

Sólo presté atención al señor Kuht, quien, impasible, como si no hubiese visto lo mismo que yo, continuaba mirándome con ojos suplicantes.

Sin saber qué hacer, apretando fuertemente la llave en la mano, parpadeé.

Entonces el señor Kuht, sonriendo, se levantó.

Y haciéndome una especie de reverencia, me dijo:

—Perdóneme. Tengo que ir a Washington.

No me pidió que le llevara, no.

Se limitó a decir lo que dijo como si a mí tuviera que importarme, necesariamente, el hecho de que él tuviese o dejase de tener que ir a Washington.

Como es natural, pensé mandarle a paseo... o a la estación de autobuses más próxima.

Cualquier cosa, menos consentir en llevarle en mi coche, petición que era donde creí se encaminaban su sonrisa, su reverencia y sus palabras.

¡Como para ir a Washington estaba yo! ¡Si tenía un dolor de muelas que... que...!

En fin, en contra de lo que estaba pensando, me desconocí cuando, devolviéndole la reverencia y la sonrisa, sin... sin poderlo remediar, repuse:

—Está bien. Suba.

El señor Kuht no se hizo repetir mi indicación.

El pobre hombre dio media vuelta, abrió la portezuela y montó en el automóvil.

No, no se sentó en la parte delantera, junto al asiento que yo debía ocupar ante el volante, sino en la posterior, en donde se acomodó a sus anchas.

Subí al coche a mi vez, cerré las portezuelas y arranqué inmediatamente.

Durante unos segundos, mientras los neumáticos se deslizaban por el caminito enarenado, con la atención puesta en maniobrar correctamente al salir a la carretera, cuyo tráfico es tan intenso como ustedes saben, permanecí en silencio.

Luego, en la carretera ya, hice un comentario tan singular como

inesperado.

Sí, sí: singular e inesperado, desde todos los puntos de vista, se lo aseguro.

Primero, porque hasta entonces no me había pasado por la imaginación, ni muchísimo menos, la idea de dirigirme a Washington; y segundo, porque donde yo quería verdaderamente ir era al domicilio de mi tía Fanny, que vive en Little City, en la calle 9, para que me acompañara al dentista.

Me dan miedo los dentistas, ¿saben? Es algo superior a mis fuerzas. Eso de tener que sentarme en el sillón y... ¡Y, sobre todo, el ruidito del instrumental...!

Bueno, el caso es que, mirando al señor Kuht por el espejito retrovisor, el comentario que hice fue éste:

—¡Qué casualidad que yo tenga que ir también a Washington!

Y dejando a la derecha la Calle 9, olvidándome del dentista, de mi tía Fanny y hasta del dolor de muelas, seguí carretera adelante.

El señor Kuht cruzó las piernas y me preguntó:

—¿Casualidad?

—¡A ver si no! —repliqué yo—. De no haber sido porque tengo que ir a Washington, ¿supone usted que le hubiese podido llevar en mi automóvil?

Y él, el pobre, como si hasta aquel momento no se hubiera dado cuenta de la... de la «coincidencia», sonriendo, murmuró:

—¡Ah! ¡Claro, claro...! ¿Qué casualidad, verdad?

Y a continuación, en brusco cambio de tono, como quedara a nuestro lado un motorista, descruzó las piernas, se echó hacia adelante, me dio un golpecito en la espalda y gritó:

—¡Mire, mire! ¿Qué es eso?

Miré hacia donde me indicaba y no vi más que el busto del motorista, el cual se había quedado junto a una de las ventanillas. Me fijé, eso sí, en que, como marchaba, poco más o menos, a la misma velocidad que mi automóvil, daba la sensación de estar quieto, agarrado, a algo que no se veía.

No pudiendo, no obstante, creer que el señor Kuht se refiriese al hombre de la «moto», aminoré la marcha y, para cerciorarme, inquirí:

—¿Alude usted a... a eso?

El motorista, que no disminuyó la velocidad, empezó a adelantarnos.

—¡Sí, sí! —confirmó el pobre señor Kuht, con idéntico nervio que antes—. ¡Eso!

No tuve tiempo de darle respuesta: el hombre de la motocicleta

nos adelantó.

—¡Ah! —exclamó el señor Kuht, con evidente tono de desencanto—. ¡Lleva un artefacto mecánico! ¡Ya me parecía a mí!

Y en tanto que yo pensaba si debía o no preguntarle qué era lo que le parecía a él, el pobre señor se puso a apretar con el índice la manivela de bajar el cristal y el tirador de la portezuela.

—¿Cómo se quita el cristal de delante? —quiso saber, por fin, como dándose por vencido.

Dominando a duras penas la risa, se lo expliqué.

—Gire hacia la izquierda la manivela del centro —le dije—. Es muy fácil.

—¡Ah! —gruñó. Y después, mientras bajaba el cristal—. ¡Caramba, fácil...! ¡Si es casi tan difícil como el nudo...!

Dijo algo más, desde luego, aunque no le pude oír, porque sacó la cabeza por la ventanilla, como para observar bien al motorista, que se alejaba, y habló desde fuera.

Poco más tarde, metió la cabeza de nuevo; y dejándose caer en el centro del asiento, volvió a exclamar:

—¡Ya me parecía a mí!

Fruncí las cejas.

—¿Quiere hacer el favor de decirme qué es lo que le parecía a usted?

—¿Que, qué es lo que me parecía? —repitió mi pregunta el señor Kuht—. Pues que habían llegado ustedes al descubrimiento de los activadores musculares.

Mis cejas tornaron a fruncirse: no tengo ni noción de lo que puede ser eso de los «activadores musculares».

—¿Qué...? —insistí.

Y el pobre señor Kuht, pacientemente, repitió lo que acababa de decirme:

—Que me parecía que habían llegado ustedes al descubrimiento de los activadores musculares.

No quise meterme en líos. En Little City existen numerosos laboratorios de todas clases, y, quizá, pueden estar intentando descubrir los activadores ésos, hallados ya en otra localidad.

Conque me limité a susurrar:

—¿Y qué tiene que ver con el motorista?

El señor Kuht dio un respingo.

—¡Claro que tiene que ver! —afirmó—. ¿No comprende usted que yo, que no sabía que era un motorista, he supuesto que ese hombre iba corriendo? Como no se veía el artefacto...

Solté una carcajada mayúscula.

No lo pude remediar.

—¿De qué se ríe? —indagó él, evidentemente perplejo, mirando a derecha y a izquierda.

—¡Dice... dice que suponía que iba corriendo...! ¡Si rodaba a cincuenta millas por hora...!

—¡No es nada extraordinario! —saltó el pobre señor Kuht—. Se pueden alcanzar muy bien las cien.

—Naturalmente —asentí—. La motocicleta de ese individuo es muy potente.

—No, no... No digo en motocicleta: corriendo, corriendo...

¡Pobre señor...! ¡Cuando pienso que ahora debe estar muerto y que yo, entonces, volví a reírme de él...!

¡Es que tampoco lo pude remediar!

¡Había un contraste tan pronunciado entre la seriedad de su cara y las cosas raras que decía!

¡Y con qué tono las decía...!

¡Con qué ingenuidad, con qué candor...!

Vamos, que yo, se lo garantizo a ustedes, no he oído jamás nada igual.

¡Qué buen humor tenía...! ¡Cómo bromeaba...! Se veía a las claras que su intención era amenizar el viaje que habíamos emprendido.

Y como a mí el diálogo me divertía, seguí la broma.

—¡Corriendo a cien millas por hora! —reí de buena gana. Y agregué, jovial—: Si ponemos las cosas así, tampoco será extraordinario correr a ciento una.

—Está usted en un error —me advirtió él—. De las cien no se puede pasar.

Y dispuesto, al parecer, a dar por terminada la conversación, comenzó a mirar el paisaje por la ventanilla que él mismo había abierto.

No me resigné. Si yo me había prestado a seguir la broma que iniciara él, no consideré justo que me dejara con la palabra en la boca y, por añadidura, sin aclararme su tajante mentís a mi alegre sugerencia.

Conque, al girar el volante para iniciar una curva, le espeté al pobre señor, con cierta aspereza:

—¿Es que las cien millas son el límite?

Me miró. Es decir, miró hacia delante, a mi espalda, y le vi por el espejo retrovisor.

—¿Eh? —musitó, como si terminara de despertarse—. ¿Cómo?

No me cupo duda de que me había oído; por eso no hice más

que reiterar el final de mi interrogación:

—Que si son el límite...

Parpadeó.

Debía estar buscando la respuesta adecuada.

—Pues sí, sí —me aseguró luego, moviendo mucho la cabeza —. Son el límite. Por lo menos —añadió—, son mi límite, y no creo que, hoy por hoy, haya nadie, todavía, que lo sobrepase.

—¿Entonces usted, señor...?

—Kuht, Jygr Kuht —se apresuró a manifestar. Y como previendo que, me resultaría un nombre poco comprensible, deletreó—: Jota, ye, ge, erre; ka, u, hache, te.

—Pues bien, señor Kuht —proseguí—, según me estaba usted diciendo, le es posible correr a la velocidad de cien millas por hora, ¿no es eso?

—Sí —afirmó tranquilamente. Y agregó, sin perder lo más mínimo de su tranquilidad—: Y asimismo le estaba diciendo que no es posible correr a ciento una, lo cual, si no me equivoco, le ha extrañado bastante.

—En efecto —me volví ligeramente hacia el pobre señor Kuht—. En mi modesta opinión, por una milla más... ¡Total ya, puestos en las cien...!

El señor Kuht se retrepó en el asiento y se pasó la mano derecha por el rostro.

Con no poca curiosidad por mi parte, observé su imagen reflejada en el espejito retrovisor.

Se mantuvo serio.

No pareció haber notado la zumbona entonación que yo había dado a mis frases anteriores.

Me dio la sensación de que se hallaba ante un abstruso problema y que no sabía resolverlo.

Así que no me extrañó oírle reponer:

—Temo que no sé cómo explicárselo.

—Me lo imaginaba —sonreí.

—Entiéndame, entiéndame... Sí sé cómo hacerlo, lo que temo es que no me entienda.

—¡Oh! ¡Gracias! Por lo que veo, no me concede mucho margen de inteligencia.

—Perdone —se disculpó—. No me ha interpretado bien, Yo no dudo de su inteligencia ni de la de ninguno de sus semejantes. Lo que he querido decir, sencillamente, es que temo que no estén preparados... Su escasa civilización...

Aunque no le entendí ni tanto así, porque sólo dijo vaguedades,

suponiendo haberme percatado de la orientación que pensaba dar a sus ideas, con voz gruesa y truculenta, le interrumpí:

—¡Sí, claro, claro...! ¡Usted debe estar muy por encima de nosotros! ¡Enseguida se...!

—Usted lo ha dicho —me interrumpió él a mí ahora—. Estoy muy por encima, muy por encima... ¡No sabe usted cuan por encima me encuentro!

Y el pobre señor Kuht, con leve sonrisa jugueteándole en los labios, movió varias veces la cabeza en sentido afirmativo.

Seguidamente, sin darme lugar a decir esta boca es mía, poniéndose más serio que un plato de habas, en tono confidencial, bajando la voz, me comunicó:

—Les llevo, no se asuste, quinientos años de ventaja.

—¡Fiuuu...! —silbé. Y como me acordé de lo de las cien millas justas, con la seguridad de que me daría la razón, dejé caer—: Quinientos años es el límite también, claro.

—¿El límite? —repitió el señor Kuht, poniéndose a mirar nuevamente por la abierta ventanilla—. No; no lo es. Puede que sean algunos más: quinientos son los que, así, por encima, al verlos de cerca, les he calculado.

—¡Ah, ah, ah...! ¿Y en qué ha basado esos cálculos... visuales, señor Kuht?

—En su lentitud. Se desplazan a velocidades tan exiguas, que...

Se detuvo, quitó los ojos de la ventanilla, los clavó en mi espalda y continuó:

—Bueno, que no me van a creer cuando lo cuente.

—¿Es que lo va a contar?

—¡Naturalmente! He venido para eso. ¿No comprende?

No sé lo que el pobre señor Kuht deseaba que comprendiera.

—Con franqueza... —empecé a decir. Y dejé de hablar, porque él estaba sacando la cabeza por la ventanilla.

Miró hacia lo alto; estaba contemplando ese reactor que ha pasado hace un momento, ustedes tienen que haberlo visto también, cuyo ruido, mientras hablábamos, había empezado a escucharse en el interior de mi automóvil.

El señor Kuht, en su afán de seguirlo con la vista, fue sacando el cuerpo por la ventanilla.

¡Y entonces fue cuando temí, por primera vez, que pudiera, caerse!

—¿Qué le ocurre? —grité.

Volvió a meterse en el coche, sólo para decirme:

—No me ocurre nada de particular. Es que estoy observando

esa aeronave.

De nuevo, antes de que pudiera hacerle ver el peligro que corría, sacó el cuerpo y siguió mirando al cielo.

Y un par de segundos más tarde, sonriendo, se introdujo en el automóvil y me dijo:

—Es un modelito ridículo. Parece mentira que se sostenga en el aire. ¡Y qué ruido hace!

Bajó la voz. y, lo mismo que anteriormente, en tono confidencial, acercándose a mi oreja, murmuró:

—¿Sabe que me da un poco de risa? Es que hace tantísimo tiempo que no contemplaba ninguna aeronave así...

Me pregunté a dónde iría a parar.

—Me sucede algo por el estilo a lo que ustedes experimentarán al ver un automóvil de modelo antiguo.

—¡Ah! —exclamé, acordándome que, poco antes, me había comunicado lo de que nos llevaba quinientos años de ventaja, con lo cual concordaba esto último—. ¡Lo comprendo, lo comprendo...! ¡Con quinientos años de...!

El pobre señor Kuht no me hizo ni caso.

Por el contrario, separándose del respaldo de mi asiento, se lanzó otra vez a la ventanilla y miró al exterior.

—¡Mírela, mírela...! —me indicó con el dedo extendido el reactor que volaba—. ¡Parece una tortuga!

¡Pobre señor!

¡Con tal de que no me aburriera, decía cada cosa!

Ante la comparación del reactor con una tortuga, me encogí de hombros, y él, que debió ver el gesto, con un acento muy extraño, me interrogó:

—¿Que no...?

—Si usted lo dice...

—¿Tiene preparación cósmica?

—¿Que si tengo... qué?

—No; no usted; la aeronave.

Elevé las cejas.

—¿Ha dicho... preparación cósmica?

—Eso mismo.

—Pues, con sinceridad, no tengo ni la más remota idea. Es más, no he oído nunca eso.

—Es natural —asintió el señor Kuht.

—Tenga usted en cuenta que no sé casi nada de reactores.

—Es natural —volvió a asentir.

Y luego, inopinadamente, cuando yo creí que iba a proseguir

con su pintoresca charla, hablando a toda velocidad, se encaró con mi espalda y...

—Siga hacia Washington. Yo voy a ver si lleva o no preparación cósmica.

Y se abalanzó a la ventanilla, sacó el cuerpo por ella y se tiró del automóvil.

—¡Eeeh...! —grité, con toda la fuerza, de mis pulmones—. ¡Cuidado...!

¡Pobre señor Kuht!

Vi el precipicio y me estremecí.

Quise frenar, me armé un taco, patinó el coche, moví el volante, lo di todo por perdido y... y, por suerte, choqué contra este árbol. Eso es todo.

—¡Pobre señor Kuht!

¡Ha sido como un sueño!

¡Si yo tenía que estar ahora, con mi tía Fanny, en la consulta del dentista!

CAPÍTULO II

Bien bien, señorita Pilaster... —intervino el sargento Same, de la Policía de Tráfico, que había estado escuchando a la locuaz joven sin pestañear—. No es necesario que amplíe nada. La hemos comprendido perfectamente. Usted no ha tenido la culpa del choque.

Y con una sonrisita apenas perceptible, añadió:

—Si el señor Kuht no se hubiese tirado en marcha...

Seguidamente, dirigiéndose a uno de sus subordinados, un motorista muy alto, que estaba muy atareado, al parecer, en escribir en una libretita, le preguntó:

—¿Ha tomado nota, Penful?

—Sí, sargento —repuso el aludido.

El sargento Same, poniéndose serio otra vez, se encaró de nuevo con la señorita Pilaster, la cual, pálida y temblorosa, parecía hipnotizada por el abismo por donde, según ella, debía haber caído el señor Jygr Kuht.

—Tranquilícese, señorita —le dijo—. Ya no hay remedio. Usted debe volver a Little City y esperar en el Puesto hasta que lleguemos nosotros con su automóvil. Ya hemos pedido la grúa que ha de remolcarlo, ¿sabe?

—El caso es que yo... —empezó a decir la señorita Pilaster, que deseaba quedarse.

—Es mejor que se vaya, es mejor que se vaya —sonrió, bondadosamente, el sargento—. Ya no debe tener usted... necesidad de ir a Washington, ¿no?

La muchacha se estremeció.

—No, claro... —murmuró luego—. Ya no. ¿Para qué...?

—Eso... —terció el motorista Penful, todavía con la libretita en la mano, guardándose el lápiz que había usado—. Ya, ¿para qué...?

Y después, como en aquel preciso instante llegaron una grúa y una ambulancia que habían sido pedidas a Little City, añadió:

—Mire, ya vienen a buscarla.

La señorita Pilaster, como ausente, miró hacia los dos vehículos con los ojos muy abiertos.

—¿Vienen a buscarme a mí? —preguntó, evidenciando extrañeza. Y en el acto, cayendo en la cuenta de que si la grúa era para remolcar el coche, la ambulancia se la destinaban a ella, con cierta energía, protestó—: ¡Si no estoy herida...!

El sargento Same, con mucha suavidad, la cogió por el brazo

derecho.

—Es para que vaya más cómoda, señorita —le explicó, empujándola un poquitín hacia la ambulancia.

La señorita Pilaster no ofreció la menor resistencia.

Dócilmente, aunque haciendo visibles esfuerzos para no llorar, echó a andar en la dirección que el sargento pretendía. Sólo al llegar a la puerta posterior de la ambulancia, que se había abierto para dejar paso a un individuo vestido de blanco, la compungida joven, levantando la cabeza para mirar al sargento Same a la cara, hizo otro intento para convencerle de que ella no debía ocupar aquel vehículo:

—¿No le parece a usted que la ambulancia debería quedarse aquí hasta que encontraran al señor Kuht? Yo no necesito ambulancia: no tengo ni un rasguño.

El sargento se la quedó mirando a la cara también. Luego...

Luego, para salir del paso, aseguró lo primero que le vino a la mente:

—Para transportar al señor Kuht —dijo, en el tono más convincente que pudo— vendrá otra ambulancia, señorita. No sé cómo no está aquí ya. Se han pedido dos ambulancias, ¿verdad, Penful?

—Sí, sí —afirmó éste, sin vacilar, aun sabiendo que sólo se había pedido una. Y para que el hombre vestido de blanco corroborase lo que estaban diciendo a la muchacha, guiñándole un ojo, le preguntó a bocajarro—: ¿No es cierto que se cruzarán con ella, Charles?

—¡Eh...! —exclamó el llamado Charles, que no se esperaba, por lo visto, el guiño de Penful, por cuya causa el motorista tuvo que propinarle un disimulado codazo—. Sí, sí... Nos cruzaremos... nos cruzaremos...

El rostro de Charles se puso como la grana.

La señorita Pilaster no se dio cuenta de nada. Mirando al blanquísimo interior de la ambulancia, ni vio el guiño, ni el codazo, ni el notable azoramiento de Charles.

Y también sin darse ni cuenta de cómo lo hacía, tambaleándose, subió al vehículo.

Tras ella, como un fantasma silencioso, Charles.

Luego, la puerta se fue cerrando.

La señorita Pilaster, que se había sentado en una de las mullidas camillas, volviendo la cabeza, no tuvo ocasión más que de echar una mirada al exterior.

Una mirada fugaz, que la permitió ver, no obstante, a un par de

hombres que se encaminaban hacia su maltrecho automóvil, procedentes de la grúa, con un grueso cable; a un motorista plantado en medio de la anchísima carretera que encauzaba el tráfico, apartándolo del sitio del accidente; y a dos policías más, detrás de Penful, que esperaban, tal vez, la orden del sargento Same para descender por el peligroso precipicio que, más allá de la cuneta, bordeaba la carretera de Washington por uno de sus lados.

* * *

—¡Lástima de chica! —exclamó el sargento, viendo alejarse a la ambulancia.

—Verdaderamente —asintió Penful—. Lástima... Tan bonita, tan joven...

—¡Ay, amigo! —dio el sargento Same una palmada en las anchas espaldas de su subordinado—. ¡Es la vida! ¡En fin...! —suspiró. Y trocando en «oficial» el amigable tono que empleaba, carraspeando, pidió—: Deme el informe.

Penful le entregó la libretita que todavía conservaba en las manos, abierta por una de sus páginas.

Había muy poco escrito en ella.

La extensa y minuciosa declaración de la muchacha se había convertido en unas cuantas líneas de floja escritura.

Sin embargo, el motorista Penful estaba seguro de que en ellas estaba consignado todo lo importante:

> «10'30 mañana. Olivia Pilaster. 19 años. Natural de Little City. Domiciliada en ídem, 276, Carretera Washington. Automóvil «Chrysler», 18 HP. Choque contra un árbol. Motivo probable: se ha quedado dormida conduciendo. Aunque, al parecer, ha resultado ilesa, debe haber sufrido algún golpe en el cráneo. Remitida al Dr. Ready, para su reconocimiento.»

Nada más.

Ni la menor alusión al señor Jygr Kuht.

Y el sargento tampoco lo citó para nada cuando, después de haber leído lo escrito, devolvió la libretita a Penful.

Ninguno de los dos hombres había tomado en consideración la existencia de aquel... bromista que la señorita Olivia Pilaster, según había manifestado, inexplicablemente, «en contra de sus deseos», estaba llevando a Washington.

Y no lo habían tomado en consideración porque el tal señor Kuht, de haberse tirado, en realidad, del «Chrysler», no podía haberse esfumado.

Tenía que haber aparecido en la carretera o en la cuneta.

Y no estaba ni en un sitio ni en otro. Precisamente, sin resultado, los dos motoristas que quedaron detrás de Penful cuando la ambulancia se fue lo habían estado buscando mientras la señorita Pilaster se explicaba.

Por lo tanto, como del borde de la carretera al borde del precipicio -además de estar separados ambos por la cuneta- mediaban unas diez yardas, resultaba natural suponer que el señor Kuht, ni siquiera deseando suicidarse, no había podido saltar tanta distancia.

La conclusión lógica se desprendía sola: el señor Jygr Kuht no existía... más que en la mente de la señorita Olivia Pilaster.

¿Más conclusiones lógicas? La señorita Pilaster se debía haber quedado dormida; la señorita Pilaster debía haber hablado sola; la señorita Pilaster se debía haber dado un golpe en la cabeza...

Consecuencia inmediata: la ambulancia, que se pidió para llevar al «pobre señor Kuht», cuando nadie sabía nada aún, fue empleada para transportarla a ella, en cuanto terminó su declaración.

Y nadie tomó en serio al ingenuo señor que «tenía que ir a Washington».

¿Podían, en rigor, los policías hacer otra cosa? Desde luego, no.

Porque no iban a aceptar el gas, vapor o nube azulada que, al decir de la señorita Olivia Pilaster, había por el enarenado suelo del caminito del garaje de su casa.

Y no aceptándolo, automáticamente, se desplomaba por su base todo el resto del rápido relato que la citada joven había hecho de los acontecimientos.

Sin la fantástica nube, o lo que fuera -a la que había que atribuir cualidades mágicas hasta el extremo de obligar a hacer lo que no se quería- resultaba absurdo todo lo demás.

Por eso, el sargento Same y el motorista Penful, habiendo descartado desde el primer momento la existencia real de la nubecita azulada, no vieron en la narración de la muchacha más que una serie de incoherencias, propias de un sueño -como ella misma afirmara- o... de un golpe en la cabeza.

Todo lo más, puestos a conceder, de las dos cosas juntas: el sueño y el golpe.

O, quizá, podía haber influido el dolor de muelas, por más que la esbelta señorita Pilaster no les hubiese parecido histérica a ninguno de los dos.

En el mismo instante en que el sargento devolvía la libretita a Penful, los dos hombres de la grúa llegaban al «Chrysler», ante cuyo parachoques trasero se detuvieron.

Y los motoristas que estaban parados detrás de Penful se acercaron a ellos, dispuestos a echarles una mano en la colocación del cable.

Uno de los motoristas, indolentemente, apoyó el codo en el borde del bajado cristal de la ventanilla posterior, y como se le resbalara, con objeto de que no lo volviera a ocurrir, miró al apoyarlo de nuevo.

Y entonces descubrió algo que le hizo desistir de apoyarse en ningún sitio.

Era algo que había en el asiento posterior.

—¡Venga, sargento! —llamó, a gritos—. ¡Esa señorita se ha dejado una pulsera olvidada! ¡Venga usted enseguida, que parece de oro y es tan gruesa como una argolla de la grúa!

El sargento Same y Penful corrieron hacia el automóvil.

Y, en efecto, cuando llegaron, vieron la pulsera que el motorista decía.

Era muy gruesa. Muy gruesa.

Y tenía engarzadas, todo alrededor, innumerables gemas que brillaban lo suficientemente poco para demostrar que eran auténticas.

Porque, visto el desmesurado tamaño de la singular joya, la imaginación, exaltada, inducía a pensar que debía tratarse de una baratija.

No obstante, bastaba serenarse para constatar, aun sin ser perito en la materia, que la pulsera no era un objeto de bisutería, sino algo valiosísimo.

De incalculable valor, seguramente. Las piedras que tenía incrustadas eran de colores.

De entre todas, que, como hemos dicho, eran muchas, destacaban, por su tamaño, tres.

Una incolora, una verdemar y otra roja.

Un brillante, una aguamarina y un rubí.

—¡Vaya con la niña...! —bufó el sargento, refiriéndose a la señorita Olivia Pilaster—. ¡Conque nubes azuladas, que voy a Washington sin querer y pobre señor Kuht...! ¡Esa mocita debía querer ir a Washington a vender la pulsera!

Y metiendo el brazo por la ventanilla del «Chrysler», trató de coger la magnífica joya.

Y la cogió, desde luego.

Es decir, sus dedos, según pensaba, se cerraron en torno a ella.

Ahora que, por más que se esforzó, lo que no le fue posible fue separarla del asiento.

La gruesa pulsera estaba como pegada.

El sargento Same tiró con todas sus fuerzas.

No logró nada.

Ni siquiera moverla una pulgada.

Sin pensar todavía en abrir la portezuela del coche, el sargento, sin darse por vencido, insistió.

Cerró los dedos cuanto pudo y volvió a tirar de la pulsera hacia sí.

Tampoco tuvo éxito.

—¡Cosa más rara...! —masculló.

Penful señaló el extraordinario hundimiento que presentaba el tapizado del asiento en el lugar que la joya ocupaba.

—Mire —dijo—. Parece como si pesara mucho.

El sargento Same sacó el brazo del interior del vehículo.

—¡A ver! —pidió ayuda luego, abriendo la portezuela—. ¡Vamos a tirar entre dos o tres!

Y, seguido de Penful y del motorista que había descubierto la pulsera, el sargento penetró en el automóvil.

Enseguida vieron que los tres no podían desenvolverse en holgura dentro del «Chrysler».

—Salga usted, Penful —ordenó el sargento Same—. Es usted demasiado alto y ocupa demasiado-sitio. Póngase en el estribo. Usted, Jones, agáchese a mi lado. Vamos a meter un dedo cada uno en el círculo de la pulsera y a tirar hacia la portezuela.

Los dos motoristas hicieron lo que decía el sargento, el cual, a continuación, avisó:

—Preparados para tirar... A la una, a las dos y... ¡a las tres!

Unidas las fuerzas de todos, la pulsera se movió.

Casi nada.

Una fracción de pulgada nada más.

Fue, sin embargo, lo suficiente para que los tres hombres comprobaran que si no podían cogerla no era porque estuviese pegada al mullido asiento, sino porque pesaba considerablemente.

—Otro esfuerzo —ordenó el sargento Same.

Y de nuevo volvieron a tirar.

Y la joya, de nuevo, volvió a desplazarse otra fracción de pulgada.

Tan separada se hallaba, no obstante, del borde del asiento, que por aquel método, fracción de pulgada a fracción de pulgada, iban a tardar mucho tiempo en llevarla hasta donde pudiera caer al suelo del automóvil.

Y era obvio que, una vez en el suelo, desde allí, hasta conseguir

ponerla en la carretera, transcurrirían muchos minutos de constante forcejeo.

—¡Basta! —exclamó el sargento—. Dejémoslo. Tengo que pensar lo que vamos a hacer con la dichosa pulsera. Salgamos.

Penful se quitó del estribo para dejar paso al sudoroso sargento y al no menos sudoroso Jones, que abandonaron el «Chrysler» resoplando.

—¡Menos mal que tenemos la grúa! —dijo Jones.

Y su compañero, aquél que no había intervenido en las laboriosas maniobras, sonriendo, le espetó:

—No querrá decir que habremos de emplear la grúa para...

El sargento Same se dio una palmada en la frente.

—¡Es una idea, Abode! —interrumpió al que estaba hablando—. Naturalmente —añadió—, no vamos a enganchar la grúa a la pulsera, sino que, gracias a la grúa, nos va a ser posible transportar cómodamente la pulsera hasta Little City.

—Lleva usted razón —opinó Penful—. En las motocicletas no nos sería posible realizar el traslado.

El sargento, secándose el sudor, echó a andar hacia el árbol, a la orilla del precipicio, contra el que se había estrellado el coche de la señorita Pilaster. Abode, Jones y Penful le siguieron.

—Ya veremos lo que nos dice la señorita ésa —murmuró el sargento Same, al llegar al borde del despeñadero, poniéndose de espaldas a él—. No tendrá más remedio que confesar dónde ha robado la pulsera.

—¿Usted cree? —elevó las cejas Jones.

—En cuanto le mostremos el cuerpo del delito —aseguró el sargento.

Durante un instante, secándose aún el sudor el sargento Same, los tres motoristas permanecieron en silencio.

Luego, cuando el sargento se guardaba el pañuelo en el bolsillo, Jones, elevando las cejas otra vez, volvió a preguntar:

—¿Cree usted que será un robo?

—¡Qué otra cosa va a ser! —gruñó el sargento—. Esa pulsera no es una joya que pueda pertenecer a una familia particular. Probablemente, la habrá sustraído de algún museo.

Nadie pudo decir nada.

En aquel momento, con cierta alarma en la voz, uno de los dos individuos que habían estado enganchando el cable al parachoques posterior del «Chrysler», gritó:

—¡Quítense de ahí, que vamos a hacer funcionar la grúa!

Penful, Jones, Abode y el propio sargento Same, dándose

cuenta del peligro que corrían si el automóvil se desviaba al desempotrarse, pretendieron apartarse del lugar que ocupaban.

Y los tres primeros -Jones, Abode y Penful- no sólo lo pretendieron, sino que lo consiguieron.

No así el sargento, quien, al querer imitar a sus subordinados, notó que la bota derecha se le había enganchado en algo que le imposibilitaba de mover el pie.

Con el consiguiente asombro, suponiendo haberse metido, sin percatarse de ello, en alguna grieta del rocoso suelo, bajando la vista vio que una mano, surgida del precipicio, le estaba agarrando.

—¡Esperen! —gritó, haciendo equilibrios para no caerse—. ¡Hay un hombre aquí!

Y manoteó en el aire, dispuesto a agarrarse a él, si podía, deseoso de que sus subordinados llegaran a tiempo para sujetarle e impedir que rodara por la pina pendiente del profundo despeñadero.

Penful, Abode y Jones, retrocediendo en el acto, le cogieron y tiraron de él hacia la cuneta.

La pierna izquierda y el resto del cuerpo se vencieron en la indicada dirección.

La pierna derecha, sin embargo, inmóvil, mantuvo el pie al borde del precipicio.

Con voz tonante, el sargento Same mandó:

—¡Cojan al hombre...! ¡Cojan al hombre o me voy para abajo!

Y para ofrecer la mayor resistencia posible, mientras los tres motoristas se apresuraban a cumplimentar su orden, el sargento se tiró al suelo.

Abode, Jones y Penful, cada uno por donde le fue posible, asieron la mano que oprimía la bota del sargento Same.

La mano, entonces, soltó la bota, coyuntura que el sargento aprovechó para levantarse y acudir al lugar del extraño acontecimiento.

Entre Penful, Jones, Abode y uno de los hombres de la grúa, que había acudido a ayudarles, estaban izando a un individuo cuyo traje estaba lleno de tierra y de polvo.

Se veía que había subido a la carretera desde el fondo del despeñadero.

Era un hombre que representaba unos cincuenta años de edad; de fuerte complexión; ligeramente rechoncho; con la cabeza casi calva y un bigote recortado y negro.

—¡Hombre, hombre! —masculló el sargento, después de haberle mirado de pies a cabeza—. ¡A sus años...!

El hombre, que no soltaba ni para bien ni para mal a los que le

habían cogido, interrumpió al sargento Same para decirle, con cierta extrañeza:

—¿A mis años? ¿Es que usted sabe los años que tengo?

—Poco más o menos —repuso el sargento—, alrededor de los cincuenta.

—No, no... —negó el individuo con la cabeza—. No tengo tantos, ni mucho menos.

—Bueno —se encogió de hombros el sargento Same—, puede que tenga cuarenta y cinco o cuarenta y...

—Menos, menos —interrumpió el hombre. Y después, muy serio, afirmó—: Tengo sólo dos años.

El sargento le amagó una bofetada.

Con las piernas dobladas por las rodillas, el extraño individuo, como si estuviera desinflado, sin soltar a los que le habían recogido, se dirigió al «Chrysler».

—¡Cómo pesa usted, amigo! —se quejó Penful.

—Está usted en un error —negó el recién llegado—. No peso más que unos gramos.

Y antes de que ninguno de los que le escuchaban pudiera contradecirle, agregó:

—Lo que sucede es que yo mismo empujo hacia la superficie del suelo.

Y sin transición, al fijarse en el estado del coche que estaba empotrado en el árbol, preguntó:

—¿Un choque?

—Ya lo ve —contestó Jones.

—¡Pobres, pobres...!

—¿A quién se refiere? —volvió a hablar el mismo motorista de antes.

—A los ocupantes de estos vehículos. Se matan sin...

—Está usted en un error —dijo el sargento Same, remedando al hombre en la manera de expresarse—. La ocupante de este vehículo ha resultado ilesa... en apariencia. Precisamente ahora ha de estar llegando a Little City en la ambulancia.

El individuo, con gran esfuerzo, se sentó en el estribo del automóvil, junto a la abierta portezuela posterior. Y mirando dentro, al ver la gruesa pulsera que había encima del asiento, alargó el brazo izquierdo y la tocó.

Nadie observó que cogiera nada. No obstante, cuando retiró la mano, en la pulsera faltaba una de las piedrecitas que tenía engarzadas.

El hombre se llevó la mano a la boca y empezó a masticar algo

que debía ser tan duro como... como una piedra.

—¿Qué come? —inquirió, intrigado, el sargento.

—Nada de particular —respondió el hombre, que no soltaba a los que tenía cogidos con el brazo derecho—: Un trocito de carbón cristalizado.

Y continuó masticando con fruición. Cuando acabó, luego de haberse tragado con cierto trabajo el diamante -que eso era lo que acababa de comerse- dijo entre dientes:

—Bueno... Me pondré el contrapeso y correré hasta Little City...

Y volvió a alargar el brazo izquierdo, cerró esta vez los dedos sobre la pulsera, se apoderó de ella como si fuera una pluma y se la puso en la muñeca derecha.

Levantó después el brazo derecho, hasta ponerlo vertical, con lo que la pulsera desapareció debajo de la manga de la sucia chaqueta que vestía, y se enderezó.

Los motoristas habían seguido todos sus movimientos como el que ve visiones.

Y, como el que ve visiones también, le vieron cuando, ya en pie, haciéndoles una especie de reverencia, les dijo:

—Señores, gracias por su ayuda. No esperaba menos de ustedes.

Después de esto ya no le vieron de ninguna manera, porque el hombre salió disparado, en todo el sentido de la palabra, en dirección a Little City.

Durante una fracción de segundo, junto a los motoristas quedó un ruidito sibilante, como de bala, que el sargento Same, trémulo, ahogó con los imperiosos gritos de unas precipitadas órdenes:

—¡Rápidos! ¡A las «motos»! ¡Vamos tras él!

CAPÍTULO III

L

a ambulancia, que no cesó de hacer ulular su sirena para abrirse paso por la carretera, tardó muy poco en llegar a Little City desde el lugar del accidente.

Olivia Pilaster, que iba sumida en profundas y amargas reflexiones, no tuvo tiempo de cansarse.

Mucho antes, inopinadamente para ella, la sirena se calló y la ambulancia se detuvo.

—Hemos llegado —dijo Charles, que había tomado asiento en la camilla de enfrente, empezando a levantarse.

—¿Adónde hemos llegado? —preguntó la muchacha, temiendo que fuera a algún Hospital Psiquiátrico.

—Al Puesto —repuso Charles—. Tiene usted que prestar una pequeña declaración. Mero formulismo. Ya sabe... Estas cosas...

Olivia Pilaster no prestó atención a las explicaciones de su acompañante.

Se limitó a palidecer.

Ella creía que, al menos, por el momento, las declaraciones se habían terminado.

¡Y ahora iba a resultar que tendría que repetir todo cuanto había dicho a los motoristas!

¡Y si éstos no le habían dado crédito, porque ella estaba convencida de que no se lo habían dado, que para muestra bastaba... la ambulancia, tampoco se lo darían ahora!

¡Y, sin embargo, ella no podría decir nada nuevo!

—¿Le pasa algo? —quiso saber Charles, al notar la intensa palidez de su cara.

La joven, intentando sonreír, denegó con la cabeza.

Salvo la preocupación expuesta, se sentía perfectamente.

¡Ni siquiera le dolían las muelas!

Charles, pasando por delante de ella, abrió la puerta de la ambulancia.

—Baje, por favor —rogó, alargando la mano.

Olivia Pilaster, ajena al espectáculo que la esperaba, descendió del vehículo.

¡Y se encontró en el centro de un grupo de gente que se había arremolinado!

Estaban en la Plaza Grande, muy cerca de la calle 9, ante el puesto de la Policía de Tráfico.

Temerosa de que la descubriera algún conocido de su tía Fanny,

la muchacha miró en torno.

—Venga por aquí —invitó, solícito, Charles, cogiéndola suavemente por el codo.

La joven, que estaba deseando desaparecer, se dejó conducir por Charles, el cual, tras haber apartado a la gente a manotazo limpio, la introdujo en el edificio por una gran puerta de cristales y la llevó por un largo pasillo.

—Aquí es —dijo, de pronto, Charles, deteniéndose ante una puerta pintada de gris.

Y soltó el codo de la señorita Pilaster y levantó el puño para llamar.

—¡No sea idiota! —se oyó gritar en aquel preciso instante, a alguien que se hallaba al otro lado de la puerta—. ¡Usted está como una cabra!

Charles, como si las palabras que acababan de oírse fueran dirigidas a él, se detuvo y, con la mano en alto, sonriendo, miró a la muchacha.

—Parece que el teniente Shallop está enfadado —susurró—. Usted no se asuste, ¿eh? El teniente no es mala persona. Aunque chilla mucho, no muerde.

Y Charles, seguro de haber infundido algo de ánimo a la pálida joven que conducía, golpeó un par de veces la puerta con el puño.

—¡Adelante! —se oyó de nuevo la airada voz del teniente Shallop.

Charles abrió la puerta y cogió otra vez a la señorita Olivia Pilaster por el codo.

Haciéndole con la mano libre una indicación para que pasara, recomendó a la. muchacha:

—No olvide lo que le he dicho: serenidad...

—¿Qué sucede? —gritó el teniente, extrañado, quizá, al verles parados en el umbral. No le contestaron.

En lugar de hablar, la joven y Charles, uno tras otro, penetraron en la estancia.

Era una habitación alargada y bastante amplia, con un enorme armario metálico y una ventana enrejada frente a la puerta, y una mesa de despacho a la izquierda según se entraba.

Detrás de la mesa, repantigado en un sillón giratorio, había un hombre de pelo rizado y ojos muy negros, con la cara redonda y unos hombros anchísimos.

Y frente a él, de pie, delante de una silla y mirando con curiosidad a los recién llegados, se encontraba un estrafalario individuo, envuelto en una manta de rayas verdes que le llegaba

hasta más bajo de las rodillas; y lo más raro de todo era que, a juzgar por los desnudos pies del tal individuo, su única ropa debía consistir en la mencionada manta.

Charles se adelantó un par de pasos, hacia la mesa.

—Teniente Shallop —informó, volviéndose hacia la muchacha—, es la conductora del «Chrysler» que se ha estrellado en la carretera de Washington.

El teniente, que ya había, para entonces, adoptado una postura menos cómoda que la que tenía en el sillón, exclamó:

—Es una señorita muy... muy...

Se interrumpió, se puso en pie de un salto y añadió, saliendo de detrás de la mesa:

—¿Cómo está usted, señorita...?

—Olivia Pilaster —dijo la aludida.

—Siéntese, siéntese —la invitó el teniente Shallop, cogiendo la silla que había delante de la mesa y acercándosela—. De manera que usted...

Volvió a detenerse, se encaró con el individuo de la manta y le gritó:

—¡Váyase, señor Frowning! ¡No quiero tenerlo delante de mi vista ni un segundo más! ¡Luego volveremos a hablar! ¡Y le juro que como insista en el cuento ése de la niebla azulada, lo empapelo como dos y dos son cuatro!

El corazón de la señorita Pilaster dio un salto.

El señor Frowning, encogiéndose de hombros, echó a andar hacia la puerta.

—¡Un momento! —le detuvo la señorita Pilaster—. ¿Es que usted ha visto... ha visto una niebla azulada?

El señor Frowning, arrebujándose en la manta más que lo que estaba, tornó a encogerse de hombros.

—¡No sé, señorita...! ¡No, no sé! —balbuceó—. Yo... yo estaba seguro de que sí... Sin embargo, tantas cosas me ha dicho el teniente, que me va a tener más cuenta no haberla visto. ¡Y el caso es que yo iba tan tranquilo, cuando...!

Olivia Pilaster, que estaba viendo los cielos abiertos, no le dejó terminar.

¡Si aquel hombre había observado también la extraña niebla azulada, podía ser un testigo de inapreciable valor!

—¿Era una nieblecita muy tenue, como un... como un vapor o como un gas...? —le interrogó, moviendo los dedos como para coger algo intangible que hubiera en el aire de la habitación.

—¡Sí, señorita, sí! —afirmó el señor Frowning—. ¡Muy tenue...!

¡Como un vapor o como un gas...! Como un humito...

E imitando a la joven, para reforzar la idea, comenzó a mover los dedos también... sin acordarse de que la manta era su única ropa exterior.

—¡No se distraiga, amigo! —le reconvino el teniente Shallop, echando mano a la manta, que empezaba a escurrírsele por un hombro.

El señor Frowning, azorado, dejó de mover los dedos y se apresuró a taparse la camiseta.

Olivia Pilaster se plantó ante el teniente.

—Ignoro lo que le ha sucedido a este señor —le dijo—; ignoro por qué está aquí, por qué va vestido de esta forma y qué motivos ha hecho para que ustedes le hayan detenido. No obstante como me parece que todo ello tiene relación con cierta niebla azulada, debo manifestar que yo también la he visto.

El teniente Shallop, ceñudo, apartando los ojos de la muchacha, los clavó en el rostro del señor Frowning.

Se veía que al oficial le costaba trabajo conceder crédito a algo que el citado señor hubiese estado diciéndole anteriormente, antes de que la señorita Pilaster y Charles entraran.

Reinó un pequeño silencio.

El señor Frowning, dispuesto a buscar el mayor número posible de testigos, le preguntó a Charles:

—¿Usted también la ha visto?

—¡No, no...! —denegó Charles, levantando el brazo—. Yo no he visto nada.

—Es igual —gruñó el señor Frowning—. Basta con que la hayamos visto la señorita y yo.

Y a continuación, dirigiéndose al teniente, que no parecía salir de su asombro, el señor Frowning, convertida la timidez en cierta agresividad, prosiguió:

—¿Qué opina usted ahora, teniente Shallop? ¡Ya se lo estaba yo diciendo: esa niebla es una realidad, no una invención por mi parte! ¡La «hemos» visto! —recalcó, apuntando con un dedo a la señorita Pilaster, sin soltar la manta con que se cubría—. ¡La «hemos» visto! Yo no sé dónde la habrá visto ella. Yo solo sé que iba tan tranquilo, se lo repito, dando mi cotidiano paseo matinal por el campo, cuando algo cayó cerca de mí, un poco delante, entre la hierba. Miré a lo alto, naturalmente, y como no había nada que no fuese el cielo, supuse que habría sido un reptil, un pájaro... ¡qué sé yo! Cualquier cosa que no merecía la pena. Por eso, de no haberme parecido que la cosa brillaba, hubiera seguido mi camino y...

El teniente levantó los brazos por encima de la cabeza y le interrumpió:

—¡Sí; ya sé, ya sé...! Y se agachó y descubrió una pulsera muy gruesa...

—Sí, señor, sí —tomó la palabra nuevamente el señor Frowning, explicándose con gran vehemencia—. Y parecía de oro y tenía incrustadas muchas piedras preciosas; y... y estaba cubierta por una especie de niebla azulada, ¿se entera? Era como un gas, como un vapor... como un humito... En fin, como ha dicho la señorita. Bueno, pues alargué la mano para coger la pulsera y, antes de que llegara a tocarla, la pisaron unos pies plateados. Me quedé de piedra. Estando en un paraje solitario, lo último que se me hubiera ocurrido imaginar era lo que me estaba sucediendo. Si no había nadie, ¿cómo...?

—¡Por favor, señor Frowning! —cortó otra vez el teniente Shallop, volviendo a levantar los brazos.

—¡Perdone, perdone, teniente! —replicó el señor Frowning, firmemente determinado, al parecer, a repetir la declaración que ya debía haber hecho—. ¡Ya no podrá decirme que estoy como una cabra y que soy un idiota! ¡Ahora somos ya dos las personas que hemos visto la niebla azulada y tengo, por tanto, derecho a que me escuche con más atención que antes! Repito que me encontré con un individuo que estaba en cuclillas e iba vestido con una especie de «maillot» que, dejándole libre la cabeza y las manos, le cubría los pies y las piernas y el cuerpo y los brazos. Era de una tela brillante...

—¿De qué clase? —quiso saber el teniente Shallop, dispuesto a no admitir vaguedades.

El señor Frowning se encogió de hombros.

—No entiendo de telas —dijo—. No sé decir de qué clase sería. Lo que sí sé es que aquel hombre cogió la pulsera, se la puso en la muñeca derecha y levantó el brazo, con lo que la susodicha pulsera, produciendo un ruidito que me pareció metálico, se deslizó por el antebrazo y fue a quedársele en el brazo, rodeando el bíceps. Luego, al tiempo que yo me levantaba también, aquel hombre, mirándome de arriba abajo, murmuró muy bajito: «¡Conque ésta es la vestimenta típica! ¡Qué curiosa!» Y antes de que yo reaccionara, añadió: «Perdóneme. Necesito su ropa.»

»Excuso decirles que pensé mandarle a freír espárragos. No lo hice, sin embargo. No pude. Había algo, superior a mi voluntad, que me obligó a contestarle que bueno, que pensaba dársela de todas formas. Y me quité la chaqueta y se la tendí; y la cogió él y la

depositó en el suelo, en la hierba, y alargó la mano de nuevo, esperando que le entregara la corbata y la camisa, prendas que me quité sin rechistar. Sólo protesté, aunque sin mucha convicción, porque estaba decidido a entregársela asimismo, cuando le tocó el turno a la camiseta. Mi protesta, tan suave, por cierto, que me asombró, consistió en preguntarle si tenía que dársela también, a lo que el hombre repuso, no sin haber dudado unos segundos: «Pues... no, no... Como eso no se ve... Necesito solamente lo que se vea.»

»Y se fue vistiendo con mi traje, en tanto que yo, en paños menores y descalzo, le miraba con un sosiego que no consigo explicarme todavía. Era pasmo y curiosidad; perplejidad y asombro; estupor... ¡No sé...! Y al mismo tiempo, me daba perfecta cuenta de que estaba cometiendo una estupidez. ¡Con lo propenso que soy a los catarros, y el fresquito que hacía a las diez de la mañana...! No obstante, ahogadas inexplicablemente mis reacciones, en lugar de atizarle un buen sopapo, no pude hacer más que observar al hombre, el cual, como digo, procedía a vestirse con mis ropas, sin quitarse las suyas. Al fin, después de haberse puesto todo, se quedó con la corbata en la mano.

«¿Qué hay que hacer con esta tira de tela?», me espetó, con el ceño fruncido.

»Le contesté, claro está, que lo que había que hacer era el nudo. «¡Ah...!», tartamudeó. «¡El nu... nu... nudo! ¡El nu...! ¿Cómo se hace el nudo?» Le dije que era muy sencillo: que había que ponerse la corbata alrededor del cuello de la camisa, por debajo del de la chaqueta, y anudarla, mediante un nudo especial, dejando caer por delante los extremos sueltos. Como le viera vacilar, le cogí la corbata de la mano y pasé a colocársela. Seguidamente, como impulsado por la misma desconocida fuerza que me había impelido a acercarme, retrocedí el paso que había dado y le dije que ya había visto qué fácil era.

«¡Caramba, fácil...!», rezongó. «¡Me ha parecido de una complicación tremenda! ¡Como todo lo "fácil" de aquí sea por el estilo, estoy listo!»

»Y entonces fue cuando, mientras se agachaba para atarse los cordones de los zapatos, me formuló esa pregunta que a usted, teniente Shallop, le ha parecido más incomprensible que todo: me preguntó que para qué servía la corbata. Me puso en un aprieto. Que yo sepa, la corbata no sirve para nada práctico: es un adorno, un "detalle". Pues bien, no conseguí metérselo en su calva cabeza. Él, vayan ustedes a saber el motivo, se empeñó en que precisando

nudo tan complicado, debía ser, sin remedio, una prenda de suma importancia; y agregó que, a lo mejor, lo que sucedía era que yo, que debía ser un ciudadano insignificante, no llevaba una corbata como debían ser las “de verdad”. ¡Vamos, que mi corbata era de “pega”! No quise enzarzarme en una discusión, que no sé a dónde nos habría conducido, porque la corbata que me ha quitado, aun estando en buen uso, es fea como un demonio. A mí, por lo menos, no me gusta. Si la llevo, es decir si la llevaba, es porque mi mujer me la regaló el día de mi cumpleaños.

»Conque, como voy diciendo, me encogí de hombros en silencio. Él, después, de atarse los zapatos, se levantó del suelo. Le miré críticamente. Me creí... no sé cómo expresarlo, me creí... obligado a hacerlo así. No sé por qué, tuve la... la necesidad de indicarle cualquier anomalía que encontrase en su modo de vestir. No le señalé ninguna: mi traje, aunque no es de última moda ni se podrá presentar con él a ningún certamen de elegancia masculina, se adaptaba muy bien a sus proporciones. El hombre, en conjunto, tenía el aspecto de un honrado padre de familia que, sin grandes pretensiones, vistiera con cierta pulcritud. Ni más ni menos que lo que sucede a un servidor de ustedes, aunque me esté mal el decirlo.

»El hombre, que me miraba también, en vista de que no puse objeción, se pasó la mano derecha por la cabeza, como para alisarse los escasísimos cabellos que tiene, y se atusó después su recortado y negro bigote...

—El señor Kuht... —quiso intervenir Olivia Pilaster.

—Luego —prosiguió el señor Frowning, que iba «embalado», sin hacer caso de la tímida interrupción de la joven—, me hizo una especie de reverencia y me dijo: «Señor, gracias por su ayuda. No esperaba menos de usted.» Y echó a correr... ¡Echó a correr a una velocidad increíble, teniente, increíble! ¡Le aseguro que, lo menos, iba a noventa millas por hora!

—¡Iba a cien...! ¡Iba a cien...! —gritó la señorita Pilaster, que ahora no estaba dispuesta a callarse—. ¡A mí me dijo que podía correr a esa velocidad! ¡Pobre señor...! ¡A mí...! ¡Bueno, que cuando lo pienso...! ¡Pobre señor Kuht! ¡Ahora debe estar muerto!

El teniente Shallop, Charles y el señor Frowning, ante la nerviosa salida de la muchacha, la miraron, y ella, dándose cuenta que les debía haber, por lo menos, asustado, cambió de tono y rogó al señor Frowning que perdonara y que continuase contando.

—No se preocupe, señorita —la disculpó el señor Frowning—. Ya hay muy poco que contar. Si ese señor está muerto, carece de

importancia mi llegada a la carretera, en busca de ayuda, y mi encuentro con el teniente, que fue quien me recogió y me trajo aquí, tras haber tenido la amabilidad de pedir, en una granja, la manta que ven.

El teniente Shallop entornó los ojos.

—¿Cómo sabe usted que ese hombre está muerto, señorita? —inquirió.

—¡Lo llevaba en mi coche y se tiró por una ventanilla! ¡No le han encontrado en la carretera, luego debe haberse caído al terraplén...! ¡Por su culpa choqué contra el árbol...!

—¡Cálmese, señorita! —pidió el teniente, al ver cómo gesticulaba la joven—. Todo se arreglará. Desde luego, compréndalo, si hemos de relacionar al hombre que le quitó la ropa al señor Frowning con el que usted llevaba en su coche, tendremos que admitir la existencia de un ser... que puede correr a noventa millas por hora.

—¡A cien! —saltó Olivia Pilaster.

—Como guste —asintió el teniente Shallop—. A cien, y... En fin, que la hipótesis resulta bastante... difícil de aceptar. Si ese señor era un superhombre, no se compagina la descripción que el señor Frowning hace de él. ¡Un superhombre regordete y calvo...! ¡Y, por añadidura, con bigote...!

—Es el mismo que llevé en mi automóvil —afirmó, convencidísima, la señorita Pilaster—. ¡El mismo! ¡Y qué aspecto de buena persona tenía!

—Está bien, está bien... No se excite otra vez, señorita. Hágase cargo... ¿No podría ser, a pesar de todo, que hubieran sufrido ustedes una alucinación?

—¿Alucinación? —se encogió de hombros el señor Frowning—. ¡Nada de eso! ¡Yo...!

—¡Yo no he sufrido ninguna alucinación! —adujo la muchacha—. Ese hombre iba en mi coche y se tiró de él y cayó al precipicio y... y... y...

El teniente atajó el torrente de explicaciones que se le iba a venir encima.

—¡Por favor, por favor! ¡Si yo estoy deseando creerles! —exclamó haciendo lo posible para convencer a la joven. Y como ésta continuara repitiendo la «y», le preguntó a Charles—: ¿A usted qué le parece todo esto?

—¿A mí? ¿Qué quiere usted que me parezca, teniente Shallop? —sonrió el aludido—. Yo sólo venía para que esta señorita... declare ante el doctor Ready.

—¡Acabáramos! —levantó el teniente los brazos como solía—. ¡Ahora me explico...! Usted, señorita, ha... ha declarado al sargento Same algo semejante a lo que acabamos de oír al señor Frowning, ¿no es cierto?

Olivia Pilaster asintió.

—¡Y el sargento —siguió el teniente Shallop— la envía al doctor! ¡Es natural, señorita, compréndalo! Yo... a mí... Bueno, que me gustaría hacer algo en su honor... y en el del señor Frowning, se entiende... Sin embargo, como ustedes aseguran haber sido protagonistas de unos hechos insólitos, yo no puedo...

Se oyeron en la puerta, por fuera, unos leves roces como si alguien estuviese intentando abrir.

Interrumpiendo lo que iba a decir, el teniente opinó:

—Ahí debe estar el doctor Ready. Él les interrogará a su modo, y sacará en limpio...

Sonó un golpazo, se abrió la puerta con suma brusquedad y, como empujado por una catapulta, irrumpió en la habitación el hombre que los motoristas del sargento Same habían cogido al borde del precipicio de la carretera de Washington.

—¡El señor Kuht! —gritó la señorita Pilaster.

—¡Mi traje! —gritó también el señor Frowning.

—¡Arrea! —dijo Charles, tan asombrado como los demás—. ¡Y va a ser todo cierto!

Tras el señor Kuht, en tromba y con un ojo morado, penetró un motorista.

—¡O'Kelly! —le interpeló el teniente Shallop—. ¿Le parece correcto...?

Antes de que el aludido pudiera contestar, como un huracán, seguido de Jones, Abode y Penful, hizo acto de presencia el sargento Same.

Y todos, O'Kelly, el sargento, Jones, Abode y Penful, además del señor Frowning que también intervino, se abalanzaron sobre el señor Jygr Kuht, que había ido a colocarse junto a la enrejada ventana y, de cara a sus atacantes, mirándolos tranquilamente, sonreía como un bendito.

CAPÍTULO IV

Cuando, en la carretera de Washington, el extraño señor echó a correr, el sargento Same y sus tres motoristas tardaron muy poco a lanzarse tras él.

Lo necesario para montar en sus potentes y bien cuidadas máquinas y ponerlas en marcha.

Luego, lo mismo que antes la de la ambulancia, las sirenas ulularon en la carretera.

Y los vehículos que se dirigían a Little City, apartándose otra vez, dejaron pasar a los motoristas.

Éstos, que casi rodaron a cien millas por hora, estuvieron a punto de alcanzar al señor que corría de aquel tan alocado como increíble modo.

No le alcanzaron, sin embargo, por un motivo muy sencillo: el señor Jygr Kuht -pues él era, no haría falta decirlo- tenía una «facilidad de maniobra» notablemente mayor que la de las motocicletas.

A él le resultaba facilísimo dar, de súbito, un quiebro y meterse por cualquier sitio, en tanto que los tripulantes de las «motos» no tenían más remedio que mover el guía para tomar las curvas.

Esto, por una parte; por otra, como el perseguido era el señor Kuht, él era quien marcaba el rumbo a los motoristas: él iba por donde le daba la real gana, debiendo limitarse el sargento y sus hombres a ir detrás.

Pues bien, si los policías de tráfico estuvieron a punto de dar alcance al señor Jygr Kuht, también éste estuvo a punto de alcanzar a la ambulancia, el conductor de la cual, como se comprenderá, no transportando ningún enfermo grave, por más que hiciera sonar la sirena, no apretó a fondo el acelerador.

La razón de que el velocísimo señor Kuht no diese alcance a la ambulancia fue, asimismo, muy sencilla: el chofer sabía dónde iba, causa por la que, al llegar a la Calle 9, se metió por ella, dobló luego la esquina siguiente, se internó por la plaza Garden y fue a detenerse frente a la puerta principal del puesto de la policía de tráfico.

El señor Kuht, por su parte, si bien se metió también por la Calle 9, después no torció por la esquina de la ambulancia, sino por otra, situada dos manzanas más allá.

El sargento Same, Penful, Jones y Abode, como exhalaciones, le siguieron.

Los cuatro, precedidos del estrépito de los motores y del ulular de las sirenas, rodaban a una velocidad suicida.

Las calles de Little City se estremecían.

La gente se hacía cruces al verlos.

Nadie se explicaba a qué venía aquella forma de correr.

Los automóviles frenaban en seco; algunas mujeres gritaban; el gentío se agolpaba en las aceras, en los balcones, en las ventanas, en cualquier lugar desde donde se pudiera echar una mirada al exterior, a la calzada, por donde corrían las poderosas y ululantes máquinas.

Y los cuatro motoristas, con los dientes apretados y la vista fija en la ruta, con tal de apresar al individuo que se les había escapado, parecían dispuestos a estrellarse.

Muy pocos de los habitantes de Little City vieron al señor Jygr Kuht.

Aunque éste se movía con la asombrosa celeridad que conocemos, como no hacía ruido y su cuerpo no abultaba demasiado, resultaba difícil de localizar por las personas que estaban paradas.

Su imagen resultaba borrosa, imprecisa, huidiza, fugaz, y desaparecía de delante sin dar tiempo a nadie para cerciorarse de su realidad.

Además, como lo que atraía la atención de la muchedumbre no era su vertiginosa carrera, casi nadie miraba al frente cuando el señor Kuht pasaba por delante: la gente miraba hacia atrás, hacia el sitio por donde venían los ruidosos motoristas.

Por eso descubrieron tan pocos visualmente al raudo señor Jygr Kuht.

Y estos pocos, que no se atrevieron a decir a los demás lo que les había parecido ver, se callaron, así como aquellos otros, reducido también su número, que tuvieron la sensación de haber recibido una fuerte e inexplicable corriente de aire.

Era el aire que les echaba, al pasar por su lado, el poco menos que invisible señor Kuht.

Y esta casi invisibilidad era la causante de que nadie se explicara en Little City la desenfrenada carrera de los policías de tráfico, los cuales, no habiendo pasado antes que ellos ningún vehículo, parecían empeñados en una persecución absurda, en la que faltaba lo principal: el perseguido.

Porque lo normal es que los motoristas persigan trepidantes vehículos y no silenciosos señores que corren no ya como gamos, sino como bólidos de carreras.

Las «motos» del sargento Same y de sus tres hombres, no obstante le iban a la zaga.

Y cuando parecía inminente la captura, el señor Jygr Kuht, con la apuntada ventaja de maniobrar que tenía, hizo un quiebro brusco y se metió por una calle transversal.

Sin lugar para tomar la cerradísima curva, el sargento y los demás, que le vieron, frenaron en seco.

Sin embargo, entre dar la vuelta a las motocicletas y reanudar la persecución, perdieron algo de tiempo.

Tiempo que el señor Kuht aprovechó para ganar una ventaja considerable.

Y haciendo ahora eses, ora internándose por una calle, ora por otra, ya por tal o cual callejuela, despistó por completo a los policías, el ruido de cuyas máquinas siguió haciendo temblar los edificios de Little City.

El señor Jygr Kuht eligió para detenerse un barrio tranquilo y una calle desierta, en toda la cual no se distinguía más que un niño sentado en el bordillo de la acera.

Y junto al niño, disminuyendo la velocidad de golpe, fue a parar.

El pequeño, con los ojos abiertos como platos, porque su aparición fue súbita, apretó fuertemente una pelota que tenía en las manos y se le quedó mirando.

El señor Kuht sonrió.

El niño sonrió también.

La bonachona sonrisa del señor Jygr Kuht había roto el hielo.

—¿Por dónde has venido? —dijo el niño, con una vocecita muy aflautada. Y seguidamente, como lo que a él le importaba, en realidad, era jugar a la pelota y no la explicación del extraordinario hecho que acababa de presenciar, olvidándolo, preguntó—: ¿Quieres que juguemos a la pelota? Es nueva...

—¿Eh? —exclamó el señor Kuht, aumentando su sonrisa ante la ingenua proposición. Y luego—: Si tú quieres...

—¡Sí quiero, sí quiero! —saltó, alborozado, el niño, levantándose y limpiándose con la mano libre de pelota los fondillos del pantalón—. ¡Me llamo Peter! ¡Tú te quedas aquí y yo te echo la pelota desde allí!

Peter echó a correr, hasta situarse delante de una pared, al otro lado de la calle.

Después:

—¡Te advierto que tiro muy fuerte! ¡Allá va...!

Y lanzó la pelota a sobaquillo.

La pelota, mal dirigida, salió desviada hacia la derecha del señor

Jygr Kuht.

Muy desviada.

Tanto, que desde donde estaba el señor Kuht hasta el final de la trayectoria de la pelota medirían no menos de cincuenta pasos.

Y la pelota, en efecto, como Peter advirtiera, había sido fuertemente lanzada.

El niño se dio cuenta de todo.

No existía la menor probabilidad de que el señor gordito la pudiera coger... antes de que se estrellara contra el cristal de una ventana, que era hacia donde la pelota iba.

Por eso, Peter, antes de que el choque sobreviniese, como si hubiera oído ya el típico ruido de los cristales al romperse, se tapó la cara con las manos y empezó a llorar. Y siguió llorando hasta que, como le pareciera que el fatídico ruido tardaba, miró por entre los dedos.

Las lágrimas se le transformaron en una alegre sonrisa: ¡el señor que estaba jugando con él tenía la pelota... pese a que no parecía haberse movido del sitio!

Peter, igual que anteriormente, tampoco se explicó lo que habría ocurrido.

Y como el señor Kuht no le dijo que para él era muy fácil correr un poco -sin llegar a su límite de velocidad ni muchísimo menos- el niño se quedó sin saberlo.

Y como maldito lo que a él le importaba semejante cosa, que lo bueno era que la pelota no había quebrado el vidrio, limpiándose las lágrimas con el reverso de la mano, gritó:

—¡Venga! ¡Echa tú ahora!

El señor Jygr Kuht, sin cesar de sonreír, levantó el brazo derecho.

—Prepárate, Peter —avisó, oprimiendo la pelota entre los dedos —. Te la tiraré despacito...

Peter ya estaba preparado.

Y seguro de que si no se la tiraba demasiado fuerte, sería capaz de cogerla al vuelo.

Sin embargo, pese a que vio a su complaciente amigo hacer el ademán característico de lanzar objetos, no distinguió la pelota por ninguna parte.

Supuso que le habían engañado, que la pelota estaría aún en la mano que parecía haberla arrojado... y sintió a sus espaldas un ¡plof! que, no le cupo duda, había producido su pelota -¡su pelota!- al chocar con la pared.

Como una flecha, Peter se volvió.

¡Su pelota se había convertido en una deforme masa de goma! ¡Estaba en el suelo, aplastada, inservible...!

¡Le habían roto su pelota! ¡Su pelota nueva!

¡Aquel grandullón que se había puesto a jugar con él se la había roto!

Y Peter, a gritos ahora, ya que esta vez «tenía razón», cogió la destrozada pelota y rompió a llorar de nuevo.

A sus gritos, presurosa, se asomó a una ventana una mujer.

—¡Peter! —llamó—. ¿Qué te pasa, hijo mío?

Peter, acrecentando el llanto, se acercó a la carrera.

—¡Que... que... que éste me ha roto la pelota! —repuso, entrecortadamente, apuntando al señor Kuht con el índice.

El señor Jygr Kuht, que se hallaba muy cerca de la ventana, hizo una especie de reverencia a la señora.

—Perdóneme —se excusó—. Ha sido sin querer. Pasaba por aquí, Peter me ha dicho que si quería jugar con él y he aceptado.

La mujer, estupefacta, se le quedó mirando.

No comprendía qué intenciones podía abrigar aquel desconocido al ponerse a jugar con Peter. Nada bueno, seguramente. Aunque no tenía malas trazas...

Conque, por sí o por no, decidió llamar a su marido, que estaba en casa.

—¡Jim! —gritó—. ¡Sal enseguida, que un desconocido ha roto la pelota a Peter!

—¿Qué pelota? —llegó a la calle la interrogadora voz del interpelado.

—¿Qué pelota va a ser, hombre? —respondió la señora, girando el cuerpo hacia el interior—. ¡La nueva!

—¿Cómo...? —se volvió a oír, iracunda ahora, la voz del papá, que se iba acercando—. ¿Qué un desconocido le ha roto la pelota nueva? ¡Le voy a romper las narices a ese tipo!

Y el papá de Peter, en camiseta y con la cara enjabonada, se asomó a la ventana.

Era un individuo hercúleo, fuerte, recio. Muy capaz, al parecer de romperle al señor Kuht las narices y algo más.

—¿Qué pasa? —preguntó, desabrido, enarbolando la brocha—. ¿Quién ha sido...?

—¡Éste, éste! —berreó Peter, apuntando al señor Jygr Kuht para que su papá no tuviese ninguna duda.

Y el papá, encarándose con el desconocido, rugió:

—¿Por qué diablos ha roto la pelota a mi hijo, alfeñique, más que alfeñique?

El señor Kuht, haciéndole la consabida reverencia, repitió:

—Ha sido sin querer. Pasaba por aquí, Peter me ha dicho que si quería jugar con él y he aceptado.

—¡La ha tirado muy fuerte, la ha tirado muy fuerte! —clamó Peter, mostrando a su papá el lamentable estado en que había quedado la pelota.

—No, no... —denegó el señor Jygr Kuht—. Puede usted creer que la he tirado muy despacio.

—¿Contra qué la ha tirado?

—¡Contra aquella pared, papá! —explicó Peter en el acto.

El papá miró a la pared y pestañeó.

Luego tragó saliva.

Y después tartamudeó:

—¿Y la ha... la ha roto... só... sólo con tirarla contra la pared?

—Sí, papá —gimió Peter.

El papá de Peter gritó:

—¡Un momento!

Y desapareció de la ventana.

El niño, cesando de llorar, le hizo al señor Kuht un gesto con la mano, como diciéndole: «¡Verás tú ahora lo que te van a dar por haberme roto la pelota!»

—Entra en casa, Peter —mandó la mamá, que se apoyó en el alféizar para presenciar cómodamente el espectáculo que se avecinaba—. ¡Papá va a salir!

En efecto, se abrió la puerta de la casa y el papá de Peter salió a la calle.

Seguía en camiseta y con la cara llena de espuma de jabón, y traía los tirantes colgando por detrás, como dos extraños rabos.

En la mano ya no tenía la brocha, sino una pelota parecida a la rota, aunque muy sucia.

—¡Ande! —le espetó al señor Jygr Kuht, poniéndole la pelota delante de la boca—. ¡A ver si es capaz de hacer con ésta igual que con la otra!

El señor Kuht se echó para atrás.

—¡Ande, ande! —insistió el hombre, cada vez más envalentonado—. ¡Tírela delante de mí!

El señor Kuht cogió la pelota.

La apretó entre los dedos.

Y notó inmediatamente que era una pelota dura, de goma maciza, no como la anterior.

Conque, sonriendo beatíficamente, dijo:

—No puede ocurrir lo mismo, señor. Como esta pelota tiene

poco aire dentro...

—¡Aaah...! —se carcajeó el papá de Peter—. ¡Conque con ésta no puede ocurrir lo mismo, ¿eh?! ¿Y supone que con sus narices tampoco va a poder ocurrir?

El señor Jygr Kuht abrió mucho los ojos.

—¿Con mis narices? —repitió—. ¡Con mis narices, sí! Tienen mucho aire. ¿No ve usted que están formadas por tres sistemas de semicírculos de...?

—¡Qué semicírculos ni qué ocho cuartos! —le interrumpió el papá de Peter—. ¡No diga tonterías! ¡Qué me importa a mí la constitución de sus narices!

—¿Entonces...?

—¡Entonces —prometió el papá de Peter, agarrando al señor Kuht por las solapas de la chaqueta—, como tire la pelota y no la rompa, se va usted a acordar del día de hoy, alfeñique, más que alfeñique!

—¡Hombre! —saltó el señor Jygr Kuht, algo molesto—. ¡Aunque tengo solo dos años no soy un alfeñique!

—¡Zúmbale ya, papá! —chilló Peter, desde la ventana.

Y el papá de Peter, soltando las solapas del señor Kuht, levantó los puños.

El señor Jygr Kuht, por su parte, levantó la mano izquierda, con la palma por delante.

—Espere —pidió—. Puesto que quiere que tire la pelota, la tiraré para que se convenza de que no puede pasar lo que antes.

—¡Está bien! —gritó el papá, harto ya—. ¡Y como no la rompa...!

—¿Por qué sigue usted empeñado en que la rompa, señor? Está usted en un error: esta pelota no se puede romper de ese modo. Lo único...

El papá de Peter amagó un directo.

—Lo único que se romperá —añadió, el señor Kuht— será la pared.

—¡Le apuesto...!

El papá de Peter no pudo terminar de decir qué era lo que se apostaba.

Cuando estaba diciéndolo, el señor Jygr Kuht, como el que no quiere la cosa, levantó el brazo derecho y...

Y aunque nadie vio la pelota cuando iba hacia su destino, desde el otro lado de la calle llegó el estruendo que producía al caer al suelo un trozo de pared que se estaba desplomando.

—¡Ay! —gritó la mamá de Peter. La pelota, de rechazo, rodó por la calzada y fue a parar a los pies del papá, que abrió la boca como

para hacer algún comentario. Y como la fuerza debía habérsele ido anteriormente por el pico, dejando la pelota donde estaba, frunció las cejas y se puso a observar al señor Kuht. Aquel desconocido poseía una fuerza descomunal.

¡Ahí era nada! ¡Aplastaba pelotas de goma, sin más que tirarlas a una pared, y, además, rompía la pared si la pelota era maciza!

—Le advierto que la he tirado despacio...

¡Y aseguraba que las tiraba despacio!

Peter volvió a chillar:

—¡Zúmbale, papá zúmbale...!

—¡Cállate, idiota! —ordenó el papá, mirando de reojo a la ventana de su casa. Y luego, dirigiéndose al sonriente señor Jygr Kuht, contemporizó—: Lle... llevaba usted ra... razón, se... señor. No po... podía pa... pasar como con la otra: esta pelota tiene poco aire dentro.

El señor Kuht, evidentemente complacido, asintió.

—Ya se lo decía yo —dijo. Y después, acercándosele mucho y en un tono tan bajo que ni siquiera pudieron oírle Peter y su mamá, agregó—: Nosotros fabricamos los juguetes mejor que ustedes. En los diez meses que llevo jugando a la pelota, jamás se me ha roto ninguna. ¡Con qué facilidad...! ¡Plof...! ¡Y tan despacito como la he tirado...! Cuando lo cuente, no me van a creer.

El papá de Peter, que ya estaba deseando marcharse, porque después del alarde de fuerza le imponía un respeto tremendo el desconocido, aun sin comprender bien lo que éste le acababa de manifestar, dijo que sí con la cabeza, suponiéndole pelotari o algo por el estilo.

Y, por si acaso venían mal dadas, se abstuvo de preguntarle dónde fabricaban los juguetes mejor que allí y a quién iba a contar el lance.

¡Era tan engañoso el aspecto de poquita cosa que tenía aquel señor regordete...!

Como el señor Jygr Kuht acabara en aquel punto sus confidencias, el papá de Peter, prudente, creyó que lo mejor era poner una excusa y largarse.

Conque murmuró:

—Si no le importa, señor... Se me va a cortar el jabón... Ya sabe, luego...

Se agachó, cogió la pelota del suelo, la contempló un instante y prometió:

—No volveré a comprar las pelotas a Peter en ese bazar. En lo sucesivo iré al de enfrente.

Y dio media vuelta y se fue.

El señor Kuht se le quedó mirando hasta que cerró la puerta de su casa. Luego se encogió de hombros.

Y volvió a encogerse cuando la mamá de Peter obligó a su hijo a retirarse de la ventana y cerró de golpe.

—Reacciones más raras... —rezongó el señor Jygr Kuht—. ¡Lo que es cuando lo cuente...!

Y echó a correr.

Para la mamá de Peter, que atisbaba desde detrás de los visillos, su partida fue algo insólito.

Algo visto y no visto.

Le pareció que aquel señor desconocido, relampagueando, se volatilizaba en el aire.

Extrañada, abrió la ventana y miró...

La calle estaba desierta.

CAPÍTULO V

P

erdóneme...

El motorista O'Kelly, que iba a pie, dio un salto fenomenal.

La palabra había sonado junto a su oído, por la espalda, al tiempo que recibía una fortísima corriente de aire y se sentía empujado hacia adelante.

Instintivamente, previendo un peligro que intuía por dónde le iba a venir, O'Kelly, aprovechando la fuerza del aire que le empujaba, se lanzó a lo alto de una pila de sacos que había en la acera.

Y desde allí, un poco encogido, porque temía que algún autobús, rota la dirección, hubiese subido al bordillo, dispuesto a saltar de nuevo, se volvió.

Y se encontró con el señor Kuht, a quien, naturalmente, todavía no conocía.

—¡Huf...! —exclamó.

Y el señor Jygr Kuht repitió:

—Perdóneme. Tengo mucha prisa —añadió—. Cuando hay un choque en la carretera de Washington y va una ambulancia, ¿a dónde llevan al conductor del vehículo causante del accidente?

O'Kelly, haciendo caso omiso de que su interlocutor tuviera prisa, no le contestó.

Procurando moverse lo más suavemente posible, para no llamar la atención de la gente, se bajó de los sacos y se quedó parado ante ellos, como para dar la impresión de que su precipitada subida era debida a cierta investigación relacionada con uno de los citados sacos, que estaba mal colocado y amenazaba caerse.

Luego, con cara de circunstancias, sacó una libretita del bolsillo y se puso a hacer como que apuntaba algo en ella.

Y, mientras lo simulaba, se encaró con el señor Kuht.

—¿Decía usted...?

El aludido, palabra por palabra, repitió lo que antes ya había dicho:

—Perdóneme. Tengo mucha prisa. Cuando hay un choque en la carretera de Washington y va una ambulancia, ¿a dónde llevan al conductor del vehículo causante del accidente?

—Depende... —dudó el motorista.

—¿De qué depende? —le instó a explicarse, impaciente, el señor Jygr Kuht.

—De si el conductor ha resultado herido o no.

—¿Y si no ha resultado herido?

—¡Pchsss! —se guardó O'Kelly la libretita—. Puede haber resultado muerto.

El señor Kuht, impacientándose cada vez más, tornó a interrogar:

—¿Y si no ha resultado ni una cosa ni otra?

El motorista, con curiosidad, le miró de arriba para abajo. Después, metiéndose el lapicero en un bolsillo, sonrió:

—Si no ha resultado ni una cosa ni otra, ¿para qué va a ir la ambulancia?

—¡Yo qué sé! —se puso por las nubes el señor Jygr Kuht—. ¡Yo solo sé que ha ido y se ha traído al conductor, mejor dicho, a la conductora!

—Puede que la hayan llevado al doctor Ready —opinó el motorista haciendo un gesto con la mano—. Algunas veces...

—¿Dónde está ese doctor?

—En el Puesto.

—¿Y el Puesto?

—Muy cerca de aquí...

—¿Me dejarán entrar?

—Si es usted familia de la conductora...

—¿Y si no lo soy?

—Entonces no.

—¿Qué tengo que hacer para que me dejen entrar sin ser familia?

—¡Pchsss! —dijo O'Kelly, desdeñoso—. Como no le pegue usted a un motorista...

Los ojos del señor Kuht tuvieron un brillo juguetón.

—¿Usted es motorista, verdad?

—¡Aja! —repuso O'Kelly.

—¿Si le pego a usted...?

O'Kelly, que aventajaba con mucho en estatura y en musculatura al señor que tan deprisa hablaba, irguiéndose, asintió con la cabeza. Y cuando estaba terminando la muda afirmación, inexplicablemente, porque no pudo distinguir el movimiento del puño, notó un agudo dolor en un ojo, se sintió proyectado para atrás y fue a chocar contra la pila de sacos, con lo que el que estaba mal colocado se le derrumbó encima y le hizo caer al suelo.

—¡Hala! —mandó el señor Jygr Kuht, cuando todavía no había acabado de pasar todo lo que aconteció—. Ya le he pegado. Condúzcame al Puesto enseguida. No olvide que tengo prisa.

O'Kelly se levantó como una centella.

Y aunque sin verdadera intención de tomarse la justicia por su

mano, no pudo resistir la tentación de lanzarse sobre su impaciente y belicoso agresor.

Conque se lanzó.

Y le atizó un puñetazo en el pecho... que le dejó el puño como si lo hubiera disparado contra un bloque de acero.

O'Kelly, perplejo, viendo que su contrincante ni siquiera se daba por enterado, sujetándose el puño magullado, tragó saliva.

—¡Vamos, vamos! —profirió el señor Kuht—. ¿Cuántas veces quiere que le diga que tengo prisa? He de ir todavía a Washington y se me va a hacer tarde.

El motorista, dejando en paz el puño, sacó las esposas y se las puso en silencio.

El señor Jygr Kuht, que le dejó hacer, murmuró:

—¡Otra reacción rara! ¿Para qué querrá que lleve estos contrapesos absurdos?

—¡Camine ya! —gruñó O'Kelly—. ¡Ahora el que tiene prisa soy yo!

Y el señor Kuht, seguido del motorista, emprendió el camino y anduvo por donde el agente le indicó.

La Plaza Garden estaba muy cerca.

Al desembocar en ella, el señor Jygr Kuht, parados ante una gran casa, vio al sargento Same y a los otros tres policías, todos los cuales, muy agitados, hablaban y gesticulaban con otros cinco o seis motoristas más.

—Ya estamos en el Puesto —afirmó, convencido de no equivocarse en su apreciación—. Llevaba usted razón: estaba muy cerca.

O'Kelly, que no estaba para charlas, ordenó:

—¡Cállese!

El señor Kuht obedeció.

Sin replicar, continuó andando por la acera y despertando la curiosidad de la gente, que se volvía para mirarle.

El sargento Same y los demás no dejaron de notar la reacción del público.

Y miraron también.

—¡Ahí está ese hombre! —exclamó el sargento.

Y todos, poniendo en marcha sus motocicletas respectivas, se acercaron a los que llegaban.

—¡Bravo, O'Kelly! —felicitó al motorista el sargento Same, sin detenerse, haciendo dar la vuelta a su máquina—. ¡Acaba usted de hacer una captura que le va a valer un ascenso!

O'Kelly, incrédulo, sin dejar de caminar, se apuntó al pecho con

un dedo y musitó, mirando a los lados:

—¿Se refiere a mí?

—¡Claro, hombre! —siguió el sargento—. ¡Hemos estado persiguiendo a este individuo por todo Little City!

—Ha robado una pulsera de oro y diamantes —terció Penful.

—¡Y aguamarinas y rubíes! —remachó Jones.

Abode, por su parte, fijándose en la cara de O'Kelly, le preguntó:

—¿Qué le ha pasado en el ojo? Lo tiene morado a más no poder.

—Un golpe... —se encogió de hombros el motorista.

—Ha habido lucha —dio por sentado Penful—. Este individuo es de cuidado.

—¡Y si viera cómo corre! —bufó Jones.

El señor Jygr Kuht intervino.

—He corrido muy a disgusto —aseguró—. Los zapatos molestan lo indecible. Como son tan rígidos...

Y seguidamente, como estaban ya casi ante la puerta principal del Puesto, antes de que los policías pudieran comprender lo que había querido decir, volviéndose un poquito hacia O'Kelly, le enseñó las esposadas muñecas y le dijo:

—Ahora que ya hemos llegado, ¿tengo que devolverle estos contrapesos unidos?

A pesar de que lo de «contrapesos unidos» resultaba incomprensible, como el gesto del señor Kuht no dejaba lugar a dudas, todos tuvieron la seguridad de que se refería a las esposas.

Y todos rieron.

—Si se las puede quitar... —principió a hablar, jocosamente, el sargento Same.

—¡Claro que me los puedo quitar! —repuso el señor Jygr Kuht, en masculino, aludiendo a los «contrapesos».

Y con tanta o más facilidad que si hubiesen estado abiertas, se sacó las muñecas de las esposas y, muy serio, devolviéndoselas a O'Kelly, le espetó:

—Señor, gracias. Ha sido usted muy amable prestándome estos contrapesos.

Las anchas caras de risa de los que le escucharon se transformaron en alargadas demostraciones de admiración.

El pasmo, sin embargo, solo duró un par de segundos.

Luego, Abode, dándose cuenta que el preso había quedado en libertad, gritó:

—¡Cuidado, O'Kelly! ¡Se le va a escapar!

Los motores de las motocicletas empezaron a roncar

fuertemente.

Algunos de los policías, previniendo una persecución, hicieron sonar sus sirenas.

La gente, al ver libre al detenido, salió corriendo a la desbandada.

Y, simultáneamente, el señor Kuht, que lo miraba todo con mezcla de curiosidad y extrañeza, encogiéndose de hombros, apartó de un manotazo a un par de motoristas que había en la puerta del Puesto y penetró en él.

Los motoristas rodaron por el suelo.

O'Kelly, guardándose las esposas apresuradamente, saltó por encima de uno de ellos.

El señor Jygr Kuht, en el pasillo ya, emprendió un trotecillo rápido.

—¡Alto! —tronó O'Kelly—. ¡Alto!

El señor Kuht no se dio por aludido.

Continuó pasillo adelante.

Y ya fuese que oyera lo que estaba diciendo en aquel instante el teniente Shallop, ya que se valiera de algún método imposible de determinar, el caso es que, sin vacilar, se detuvo ante la puerta que precisaba.

Cuando sí vaciló fue cuando pretendió abrirla.

Sus manos, como buscando algún oculto resorte en la plancha de madera, la recorrieron en todas direcciones.

Después, como O'Kelly, a todo correr, estaba aproximándose, lo mismo que el sargento y Jones, Abode y Penful, el señor Jygr Kuht se arrojó contra la puerta y, golpeándola con el hombro, la franqueó por la tremenda.

Y penetró en la habitación donde se hallaba la señorita Olivia Pilaster.

Tras él, en tromba y con su ojo morado, pisándole los talones, su más inmediato seguidor.

—¡O'Kelly! —le interpeló el teniente Shallop—. ¿Le parece correcto...?

Y antes de que el aludido pudiera contestar, como un huracán, seguido de Jones, Abode y Penful, hizo acto de presencia el sargento Same.

Y todos, O'Kelly, el sargento, Jones, Abode y Penful, además del señor Frowning, que también intervino, se abalanzaron sobre el señor Kuht, que -como hemos dicho- había ido a colocarse junto a la enrejada ventana y, de cara a sus atacantes, mirándoles tranquilamente, sonreía como un bendito.

* * *

Los seis hombres, seguros de poder capturar al señor Jygr Kuht, alargaron las manos para asirle...

Y cogieron todo el aire que se puede coger de un puñado.

El señor Kuht, inopinadamente, a la par que se produjo un gran ruido en el suelo, saltó por encima de todos.

Fue un salto de campeonato.

Un fantástico salto que le hizo ir a tocar el techo con la cabeza.

El teniente Shallop, temiendo que le iba a caer encima, se echó para atrás y se cubrió, como un boxeador, la cara con los brazos.

La señorita Pilaster dio un gritito.

En la puerta de la habitación aparecieron los motoristas que se habían rezagado.

El sargento Same, O'Kelly, Penful, Abode y Jones, amén del señor Frowning, se estamparon contra la reja de la ventana.

Todo sucedió al mismo tiempo.

El ruido en el suelo, el gritito, la aparición en la puerta de los motoristas, el precavido del teniente, el choque de los seis hombres con la ventana...

Todo fue simultáneo.

Lo único que aconteció una fracción de segundo antes que todo fue el salto.

¡Qué salto!

El señor Jygr Kuht lo había dado con velocidad de bala.

De no haber sido porque su cuerpo resultaba demasiado grande en la habitación, la vista no hubiera podido seguirlo.

Francamente sorprendido, el teniente se cubrió con los brazos más que lo que estaba.

Los acontecimientos volvieron a desarrollarse a un ritmo vertiginoso.

Los policías de la puerta entraron, la señorita Pilaster se dejó caer en la silla, el señor Frowning gritó «¡Ay, mi pie!», a la vez que el sargento Same, como un león, recuperándose del inesperado choque, se dio media vuelta.

O'Kelly le imitó.

Penful sacó la pistola.

Y el teniente Shallop, en vista de que el señor Kuht no caía, desistió de mantenerse cubierto.

Conque dejó que los brazos adoptaran una postura más cómoda y siguió, como Charles y Olivia Pilaster y los motoristas que acababan de entrar, mirando al techo y preso del más genuino de los asombros.

Porque el señor Jygr Kuht, incomprensiblemente, se había quedado como flotando en el aire de la habitación.

—¡Manos arriba! —le comunicó Penful, apuntándole con el arma que empuñaba.

—¿No ve que no puedo? —sonrió el señor Kuht.

El motorista apretó las mandíbulas.

—¡Quieto, Penful! —mandó el teniente.

La boca del motorista se abrió de nuevo.

Y durante un momento, inmóviles, todos contemplaron la increíble escena.

Nadie comprendía cómo aquel señor podía sostenerse en el aire.

Nadie, tampoco, se hacía la pregunta.

La explicación del hecho carecía de importancia en aquellos instantes.

Lo importante era el maravilloso hecho en sí: el señor Jygr Kuht seguía en el aire y, por las trazas, no parecía que fuese a caer nunca.

CAPÍTULO VI

Alguien gritó en el pasillo:

—¡Es un loco, doctor Ready!

Y en el umbral de la puerta, detrás de los motoristas que se habían quedado parados allí, alguien pidió paso:

—Hagan el favor, muchachos.

Los motoristas se apartaron.

Y entró en la habitación un hombre muy joven.

Alto, fuerte y de facciones correctas, llevaba la cara detrás de los cristales de unas gafas de gruesa montura y vestía de paisano.

—¿Qué le pasa a este señor? —dijo, mirando al señor Frowning, que estaba envuelto en la manta—. ¿Tiene frío?

No le contestó nadie.

Aunque, a decir verdad, el recién llegado no dio lugar a que le respondieran.

Porque, en el acto, sin más que fijarse en el rostro de los que estaban delante de la ventana, miró él también al techo.

Y descubrió al señor Kuht, que proseguía moviendo los brazos como si nadara.

—¡Atiza! —exclamó entonces—. ¡Si resulta que el loco debe ser éste!

Y siempre rápidamente, antes de que nadie pudiera hacer el menor comentario, inquirió:

—¿Quién le ha quitado la escalera?

Ante semejante pregunta, el teniente Shallop, extrañado, bajó la cabeza y, dejando de mirar al techo, posó los ojos en quien la había formulado.

Y preguntó, a su vez:

—¿Qué escalera, doctor Ready?

El aludido principió a sonreír.

—La escalera del chiste —respondió—. ¿No se saben ustedes el chiste del loco que se subió a lo alto de una escalera de mano para pintar un muro?

La señorita Pilaster le lanzó una rapidísima mirada.

Y el doctor Ready, sin dejar de contemplar el inusitado espectáculo, explicó:

—Aquél a quien, cuando se hallaba encaramado, un compañero suyo, loco también, le dijo: «¡Agárrate a la brocha, que te voy a quitar la escalera!» ¿No recuerdan?

Recordaran o no, nadie pronunció una palabra.

El doctor, impertérrito, señalando al señor Jygr Kuht con un gesto, prosiguió:

—Ya comprenderán que, para que ese señor esté loco, le falta, según el chiste, la brocha y, además, alguno de ustedes tiene que haberle quitado la escalera.

—No entiendo lo que quiere decir, doctor Ready —habló, meditabundo el teniente.

—Pues no puede estar más claro: en el pasillo me han dicho que aquí había un loco, y resulta que no lo hay. O si lo hay —añadió—, no es ese señor que tan ricamente parece estárselo pasando ahí arriba.

El señor Frowning, bien tapado con su manta, avanzó un paso y dio un golpecito en el hombro de Olivia Pilaster.

—¿Oye usted, señorita? —se quejó—. ¡Está insinuando que los locos somos nosotros!

—No se ofenda, señor mío —replicó el doctor, frunciendo las cejas y mirándole de hito en hito—. No se ofenda y haga el favor de admitir que usted mismo, sin ir más lejos, con esa manta, tiene mucho más aspecto de orate que el señor que tan maravillosa como incomprensiblemente evoluciona en el techo.

Y volviendo la espalda al señor Frowning, el doctor Ready se dirigió al teniente Shallop:

—¿Quién es ése de arriba?

—No tengo ni idea —confesó el teniente—. Solo sé que se debe llamar Kuht, o algo así.

—Poco es lo que sabe, desde luego —murmuró el doctor.

El teniente Shallop levantó los brazos por encima de la cabeza.

—¡No comprendo lo que está pasando esta mañana en Little City, doctor! —gritó—. Es una serie de acontecimientos inexplicables... risibles... absurdos... y parece ser que ese señor Kuht es el responsable de todos ellos. Este señor -por el señor Frowning- asegura que le ha dado el traje que llevaba puesto, que es, dicho sea de paso, el que viste el... el de arriba, y que se lo ha dado sin... sin poderlo remediar...

Se calló el teniente para dar lugar al doctor Ready a hacerse cargo de cuanto le había comunicado, y el sargento Same, adelantándose, adujo:

—Esta señorita -por la señorita Pilaster- afirma que, también, sin poderlo remediar, conducía a dicho señor a Washington en su automóvil, y que se tiró por una ventanilla y fue el culpable de que chocase contra un árbol.

El teniente volvió a tomar la palabra.

—¡Y los dos —clamó, con los brazos levantados—, igual la señorita Pilaster que el señor Frowning, juran y perjuran haber visto una especie de fantástica niebla azulada!

El doctor sonrió.

—No sé que ninguna niebla pueda resultar fantástica al lado de lo que estamos viendo en esta habitación, teniente Shallop.

—Nosotros hemos estado persiguiendo con las motocicletas a ese individuo, doctor —dijo el sargento—. ¡Corría a cien millas por hora!

—Basta, basta... —quiso imponer silencio el doctor Ready.

Y el sargento, sin insistir, dejó de hablar.

Instante que pareció aprovechar el señor Jygr Kuht para aclarar un pequeño detalle.

—No he corrido a cien millas por hora —aseveró—. Si no hubiera sido por los zapatos...

—¿A cuánto ha corrido entonces? —disparó el sargento Same.

—A poco más de noventa y nueve —le respondió el señor Kuht.

—¿Es que le parece poco?

—Podía haber llegado a las cien. Y de no haber sido por los zapatos...

—¿Qué pasa con los zapatos? —gritó el teniente.

—Que molestan mucho. Como son tan rígidos...

El teniente fue a decir algo más.

El doctor se le adelantó:

—Si no le parece mal, considero que hay demasiada gente aquí. Conque, menos la señorita, el sargento y el señor de la manta, ordene que salgan los demás.

El teniente Shallop asintió.

Y todos los motoristas, así como Charles, abandonaron la habitación inmediatamente.

Todos salieron mirando al techo.

Y todos, en el pasillo ya, siguieron contemplando al hombre flotante.

—Cierre la puerta —mandó el doctor Ready al sargento Same.

Y en cuanto el aludido cumplimentó la orden, el doctor, levantando la cabeza, dijo:

—Señor... Kuht, le agradecería que diese por finalizado el... el espectáculo. Baje y hablaremos.

—Encantado —sonrió el aludido.

Y dejó de bracear.

El efecto de tal acto se notó instantáneamente.

El señor Jygr Kuht descendió hasta la mesa, en donde quedó,

de pie, pidiendo:

—Ayúdenme, porque, si no, me vuelvo a elevar.

El doctor Ready entornó los ojos.

—¿Es que a usted le resulta más sencillo elevarse que quedarse en el suelo?

—¡Vaya una pregunta! —repuso el señor Kuht, agarrándose al teniente y al sargento, que se le acercaron para ayudarle—. Naturalmente.

Y agregó, como si fuera lo más natural del mundo:

—No ve que no llevo el contrapeso.

El doctor Ready se cogió la barbilla con la mano derecha.

Y entre dientes, muy despacito, murmuró:

—¡Ah, ah, ah...! Así que, como no lleva contrapeso... El contrapeso... ¿Y dónde se lo ha dejado?

El señor Jygr Kuht, que estaba descendiendo de la mesa, sujetándose bien a los policías, contestó:

—Delante de la ventana.

Todos miraron en la dirección mencionada.

—¡La pulsera! —gritó el sargento Same—. ¡Es la pulsera que estaba en el asiento del «Chrysler» de la señorita Pilaster!

—¡Me la ha debido dejar caer en el pie! —chilló el señor Frowning, dolorido todavía.

El doctor se aproximó a la joya.

—¡Caramba, caramba! —se asombró al contemplarla.

Y trató de cogerla.

—No se esfuerce —le aconsejó el sargento—. No conseguirá nada. Pesa de un modo extraordinario.

Sin quererlo creer, el doctor Ready hizo lo posible para apoderarse de la joya. Y lo mismo que antes les pasara a los motoristas, en la carretera de Washington, no lo pudo conseguir.

El señor Kuht, como si los músculos de las piernas no fueran capaces de sostenerle, concienzudamente asido a los hombros del teniente Shallop y del sargento Same, se encaminó hacia la estupenda pulsera.

—Oro millóntuple —le dijo al doctor, al llegar a ella, agachándose a su lado y empujándola con un dedo.

—¿Oro millóntuple? —reiteró el doctor Ready.

El señor Kuht meneó la cabeza de arriba abajo.

Y luego preguntó:

—¿No han llegado a eso?

El doctor se cogió la barbilla con la mano.

—¿Dice que si no hemos llegado a...?

El señor Jygr Kuht, volviéndose hacia la señorita Pilaster, inquirió:

—¿Recuerda aquello que le dije que les llevaba quinientos años de ventaja?

—En efecto —asintió la joven—. Lo recuerdo.

—Pues bien —asintió también el señor Kuht—, ahora puedo puntualizar que los años que les llevo no son, en realidad, quinientos, sino seiscientos.

Levemente, Olivia Pilaster sonrió.

—¿Es el límite?

El señor Jygr Kuht, con toda tranquilidad, afirmó:

—Lo es. Me fundo en que ustedes no han llegado aún al descubrimiento de los metales de pesadez reforzada.

Giró la cabeza, cogió la pulsera con la mano izquierda, se la puso en la muñeca derecha y levantó el brazo.

La joya, resbalando por el interior de la manga de la chaqueta, produjo un ruidito metálico y desapareció de la vista de todos.

—Se le ha quedado en el brazo —musitó el señor Frowning al oído de la señorita Pilaster—. Debe haber sucedido igual que la primera vez que le vi.

El señor Kuht bajó el brazo y, sin apoyarse en nadie ya, se irguió en toda su escasa estatura.

Y después se inclinó para hacer una especie de reverencia y decir:

—Señores, gracias por su ayuda. No esperaba menos de ustedes.

—¡Cuidado! —avisó el sargento, recordando que, en la carretera, tras haber pronunciado idénticas palabras, había echado a correr—. ¡Se va a escapar!

—No teman —les tranquilizó el señor Jygr Kuht—. No me voy a escapar. Ustedes me están demostrando que son mis amigos y yo deseo portarme también como tal.

—¿Entonces...? —habló el doctor Ready.

—¿No había dicho usted que íbamos a hablar?

—Sí...

—Pues hablemos. Estoy dispuesto a decirles todo cuanto gusten saber. Pregunten, pregunten...

Como eran muchas las cosas que querían saber, cada cual formuló la pregunta que tenía a flor de labio.

Y las cinco personas hablaron a un tiempo:

—¿Podemos hacerle una ficha? —dijo el teniente Shallop, yendo hacia el armario metálico que estaba junto a la enrejada

ventana.

—¿Llevaba preparación cósmica el reactor? —quiso saber la señorita Pilaster.

—¿Qué es el oro millóntuple? —interrogó el doctor.

—¿Cómo puede correr a tantísima velocidad? —preguntó el sargento Same.

—¿Por qué me ha quitado mi ropa? —gruñó el señor Frowning.

El señor Jygr Kuht levantó la mano derecha.

—Por turno —sonrió—, por turno...

—Lleva razón —murmuró el doctor Ready—. Discúlpenos. Le vamos a armar un lío.

—¿A mí? —elevó las cejas, muy asombrado, el señor Jygr Kuht —. ¡Que me van a armar un lío a mí! Si les he dicho que hablen por turno es para que no se lo armen ustedes. A mí me costaría muy poco responderles a los cinco a la vez.

—¿Cinco voces...? —susurró el doctor, pensando que quizá podía poseer una rara modalidad de ventriloquia.

El señor Kuht pareció enfadarse.

—¡Qué cinco voces ni cinco voces! ¡Una voz solamente! ¡Para mi cerebro eso no es nada! ¡El cerebro de ustedes es el que no funciona con la rapidez necesaria para entenderme!

Se calló, los miró uno a uno, con el ceño fruncido, y seguidamente mandó:

—A ver, pregunten de nuevo.

Los cinco aludidos, perplejos, vacilaron.

—¡Vamos, vamos! —les instó el señor Jygr Kuht—. ¡Que he de ir a Washington todavía!

Olivia Pilaster fue la primera que se decidió a hablar.

Y cuando la muchacha estaba pronunciando el principio de su pregunta, los demás, cada uno por su lado, preguntaron también.

Las voces de todos, mezcladas, resonaron en la habitación:

—¿Llevaba preparación cósmica el reactor?

—¿Podemos hacerle una ficha?

—¿Qué es el oro millóntuple?

—¿Por qué me ha quitado la ropa?

—¿Cómo puede correr a tantísima velocidad?

Y apenas el último hubo articulado la sílaba postrera, el señor Kuht, sin estarse a pensarlo, repuso:

—La preparación, por mi parte, es algo que aquí llamarían la ropa, masticando un trocito de ese aparato; no tiene más que un «isómero», lo sabe usted muy bien, de carbón cristalizado; era nula empezarla del oro; me la cedió, ya lo dije en la carretera.

Ante tan incomprensibles frases, el doctor Ready, sinceramente asombrado, se quitó las gafas de un manotazo.

La señorita Pilaster se apoyó en el respaldo de la silla.

El teniente se quedó con las manos a punto de tirar de una de las gavetas del armario.

El señor Frowning se arrebujó en la manta.

Y el sargento, en busca de explicación, miró al doctor.

El señor Jygr Kuht, mientras tanto, sonreía.

—¿Qué les ha parecido? —siguió hablando, por fin, al percatarse del silencio de sus interlocutores—. ¿Verdad que no han entendido lo que les he contestado?

El doctor Ready se puso las gafas.

—¿Dice usted —preguntó luego— que la preparación, por su parte, es algo que aquí llamaríamos la ropa... masticando un trocito de ese... aparato?

—No se esfuerce —le aconsejó el señor Kuht—. Ni siquiera le acompaña la memoria. ¡Y eso que usted es un científico, conque los demás...!

Denegó varias veces con la cabeza y, como con pesadumbre, exclamó muy bajito:

—¡No están civilizados, no están civilizados! ¡Cuánto camino que les falta recorrer!

Cesó de hablar en voz baja y se atusó el bigote.

A continuación, con acento de inmensa tolerancia, concedió:

—No quiero que se queden sin enterarse de la respuesta. Pregúntenme de uno en uno. ¿Usted...? —apuntó a Olivia Pilaster.

—Yo decía que si llevaba preparación cósmica el reactor.

—La preparación de ese aparato era nula —repuso el señor Jygr Kuht, encarándose ahora con el teniente Shallop, que dijo:

—¿Podemos hacerle una ficha?

—Por mi parte, no tiene más que empezarla —contestó el señor Kuht, volviéndose al doctor.

—¿Qué es el oro millóntuple? —preguntó éste.

—Es algo que aquí llamarían un «isómero» del oro —fue la rápida contestación que dio el señor Jygr Kuht, encarándose ya con el señor Frowning.

—¿Por qué me ha quitado la ropa?

—La ropa, lo sabe usted muy bien, me la cedió.

—¿Cómo puede correr a tantísima velocidad? —repitió el sargento Same.

—Masticando un trocito de carbón cristalizado, ya lo dije en la carretera.

Y no bien hubo el señor Kuht dado respuestas a todos, antes de que nadie pudiese hacer el menor comentario, sin transición, reiteró las extrañas frases que pronunciara anteriormente:

—La preparación, por mi parte, es algo que aquí llamarían la ropa, masticando un trocito de ese aparato; no tiene más que un «isómero», lo sabe usted muy bien, de carbón cristalizado; era nula empezarla del oro; me la cedió, ya lo dije en la carretera.

—¡Ah! —exclamó el doctor Ready—. ¡Ya sé lo que ha hecho! ¡Ha mezclado las cinco contestaciones!

—Naturalmente —aprobó el señor Jygr Kuht—. He mezclado las cinco contestaciones, y sus cerebros, que carecen de la capacidad de selección necesaria, no han logrado separarlas. ¡Si no se las llego a explicar...!

El sargento, que estaba rumiando aquello de que el señor Kuht podía correr a más de noventa y nueve millas por hora «masticando un trocito de carbón cristalizado», le interrumpió:

—El carbón cristalizado...

—Es un activador muscular —repuso, en el acto, el señor Kuht, que añadió—: Por lo menos, lo es para mí. No creo que a ustedes les diera resultado el sistema.

El sargento Same hizo un gesto de estupor.

Y el señor Jygr Kuht, sonriendo, inquirió:

—No tiene precedente aquí, ¿verdad?

—¿Cómo que no? —le llevó la contraria el teniente, que estaba sacando una ficha en blanco del armario—. Cleopatra tomaba perlas pulverizadas disueltas en las bebidas. ¡Quién sabe si...!

—¿Cleopatra? —reiteró el señor Kuht, con asombro evidente—. No la conozco.

—Egipto... Marco Antonio... —trató de ayudarle a recordar la señorita Pilaster.

Reinó un breve espacio de silencio.

—¿Egipto? —tornó a repetir el señor Jygr Kuht, sin que su asombrado aspecto disminuyera—. ¿Marco Antonio?

Los ojos del señor Kuht, entornados, recorrieron de acá para allá la habitación.

—Es igual —se tocó la barbilla el doctor—. Ya lo recordará.

—¿Que lo recordaré? ¡Está usted en un error! ¡No lo puedo recordar, por la sencilla razón de que no lo he sabido jamás! Cleopatra... Egipto... Marco Antonio... ¿No estarán equivocados?

—Es la Historia Universal —rezongó el señor Frowning, dispuesto a discutir lo que hiciera falta.

—¡Claro! —saltó el señor Jygr Kuht, sonriendo nuevamente—.

¡Como si a mí me fuera familiar su Historia! ¡Y el caso es —agregó — que debe ser interesante!

—Mire, señor Kuht —intervino el doctor Ready—, si le parece, dejemos eso. Es preferible que nos diga claramente de qué es esa... ese «contrapeso» que se ha puesto usted en el brazo.

—Ya se lo he dicho: de oro millóntuple.

—Sí, ya lo habíamos oído. Lo que pasa es que no sabemos lo que significa.

—Es verdad. Perdonen. El contrapeso es de oro cuya pesadez ha sido reforzada. O dicho en otras palabras: de un oro que, conservando las propiedades químicas del oro corriente, tiene aumentado un millón de veces su peso. Por eso, aunque, en rigor, no sea correcto, he dicho que ustedes lo llamarían «isómero»[1].

—Ya... ¿Y usted lo lleva...?

—Como soporte de los activadores musculares y para poder permanecer en el suelo. Si no, como acaban de ver, me elevaría.

—¿Es que su cuerpo...?

—Mi cuerpo pesa poquísimo. Si dejo caer el contrapeso y muevo ligeramente los pies, subo como un proyectil.

Después de la reciente demostración, nadie puso en tela de juicio la singular afirmación del señor Jygr Kuht, a quien el doctor Ready dijo:

—Es usted extraordinario.

—¿Yo extraordinario? ¡Los extraordinarios son ustedes, que ni se elevan ni nada!

El teniente Shallop tomó asiento en el sillón.

Dispuesto a hacerle la ficha al señor Kuht, alargó el brazo para mojar la pluma en el tintero.

Y entonces, como sus ojos alcanzaran a ver parte del suelo del lado de allá de la mesa, se dio cuenta de que había lo menos un palmo de algo así como un humito azulado...

CAPÍTULO VII

C

omo es de suponer, el teniente Shallop quiso comunicar a los demás su intranquilizador descubrimiento.

Decidido a hacerlo, abrió la boca.

Y lo que articuló le dejó asombrado, porque era lo que menos pensaba decir en aquel momento:

—Señor Kuht, ¿quiere hacer el favor de darme los datos necesarios para la ficha?

—Pregunte —accedió el interpelado.

—¿Nombre?

—Jygr Kuht.

—¿Edad?

—Dos años.

A pesar de que el teniente lo anotó con todo cuidado, no dejó de resultarle incomprensible la aparente salida de tono.

Y, enfadado en su fuero interno, en lugar de ponerse a dar gritos, hizo un comentario que le extrañó.

Le extrañó, porque lo hizo sin la menor ironía, seriamente:

—Está usted muy crecido para esa edad —dijo.

El señor Kuht elevó las cejas.

—¿Qué estoy muy crecido? —repitió—. ¡Qué voy a estarlo! Me he quedado un tanto pequeño. ¡Si supieran cuántos recién nacidos me aventajan en estatura!

Las cinco personas que le escuchaban cambiaron entre sí miradas de extrañeza.

No obstante la buena fe con que el señor Jygr Kuht parecía decir las cosas, no hubo nadie que dejara de temer que pretendía burlarse de ellos.

Tanto lo referente a su edad como sus últimas palabras, ni qué decir tiene, resultaban aseveraciones absurdas a más no poder.

¿Cómo le iban a aventajar en estatura los recién nacidos? ¿Cómo iba a poder tener dos años?

A un niño se le ocurría que aquello era de todo punto imposible.

El doctor Ready reaccionó enseguida.

Y con intención de hacerle explicarse, para ver a dónde iba a parar, le preguntó al señor Kuht:

—¿Cuántos años tengo yo entonces?

El aludido se le quedó mirando fijamente.

Y luego afirmó:

—Uno y pico.

El doctor se quedó patidifuso.

—Sí, sí... —siguió diciendo el señor Jygr Kuht—. Un año y pico. A dos, sin duda de ningún género, no llega.

—¡Caramba! —exclamó el doctor Ready—. ¡Entonces, según usted, estoy recién nacido!

—¡Vaya una salida! —exclamó, a su vez, el señor Kuht—. ¡No sé lo que tendrá que ver lo uno con lo otro!

Nervioso, el señor Frowning estuvo a punto de dejar que la manta se le cayera.

Y muy excitado, gritó:

—¿Se puede saber a qué llama usted un año?

—A lo que todo el mundo —sonrió el señor Jygr Kuht—: A lo que tarda la Tierra en dar una vuelta alrededor del Sol.

—¿Y cree usted que, desde que el doctor nació, ha dado solamente una vuelta y pico?

—Claro que lo creo. Y desde que nací yo, dos.

En la habitación se hizo un silencio pesado.

Si era singular cuanto el señor Kuht manifestara hasta aquel momento, la nueva declaración se salía ya de todos los límites tolerables.

El doctor Ready, la señorita Pilaster, el teniente Shallop y el sargento Same, así como el propio señor Frowning, que perdió como por encanto su anterior nerviosismo, se quedaron mirando con la boca abierta al señor Jygr Kuht.

Y éste, que debía haberse dado cuenta de la perplejidad de sus interlocutores, sonriendo, propuso:

—¿Por qué no continúan haciéndome la ficha?

El teniente estuvo al borde de dar un estallido.

Sin embargo, sin que él mismo supiera el motivo, ya que había olvidado por completo la existencia de la niebla azulada que flotaba por el suelo de la habitación, agachó la cabeza y...

—¿Natural de...?

—Hu7 —repuso el señor Kuht, que deletreó—: Hache, u, siete. Todo junto; y siete, con número.

—Hu7 —repitió el teniente Shallop, tomando apresuradamente nota—. Ya está.

—Parece nombre de submarino —susurró la señorita Olivia Pilaster.

—Verdaderamente —dijeron, a la par, el sargento Same y el señor Frowning.

El doctor, por su parte, tuvo una idea incomparablemente más atrevida.

Una idea fantástica.

Una idea, sin embargo, que servía para aclarar las extrañas palabras y los maravillosos hechos del señor Kuht.

—Eso de Hu7 es su... mundo.

El señor Jygr Kuht se atusó el bigote.

Y después, denegó.

—Está usted en un error. Hu7 es mi mundillo; mi mundo se llama Grewas.

El doctor Ready no se amilanó.

Llamase como se llamara el mundo de aquel hombre, era incuestionable que no era la Tierra.

Ningún terrestre, a no ser pájaro, podía permanecer en el aire como el señor Kuht; ninguno tampoco, ni pájaro ni no pájaro, podía correr a noventa y tantas millas por hora; ninguno consideraba los diamantes como «activadores musculares»; ninguno precisaba «contrapesos» para permanecer en el suelo...

Y muy pocos, concediendo mucho, poseían un cerebro de la capacidad del de aquel hombrecillo que podía contestar, como si tal cosa, a cinco interrogativas a la vez.

Por eso el doctor, apenas se hubo enterado del nombre que daba al Mundo el señor Jygr Kuht, seguro de haber hallado la clave del asunto, insistió en su audaz idea, válida también para explicar satisfactoriamente lo de la edad:

—Grewas tarda veinticinco años a dar una vuelta alrededor del Sol, ¿no es eso?

El señor Kuht pareció enfadarse.

—¿Cómo va a tardar veinticinco años? ¡En veinticinco años da veinticinco vueltas! ¡Para dar una tarda un año!

Y seguidamente, aplacándose, masculló:

—¡Qué concepto más raro deben tener del tiempo!

Ahora fue el doctor Ready quien sonrió.

Ya comprendía.

El señor Jygr Kuht hablaba considerando la cuestión como habitante de Hu7, o de Grewas, o de donde fuera, que eso era lo de menos, y no como poblador de la Tierra.

Conque, sin cesar de sonreír, fue diciendo:

—Para dar una vuelta alrededor del Sol, Grewas necesitará un año, no lo discuto.

El señor Kuht, como diciendo: «¡Menos mal!», hizo un gesto con el brazo izquierdo.

—Ése es el motivo —siguió el doctor— de que usted afirme de buena fe que tiene dos años y que yo tengo uno y pico. Desde su

punto de vista, tiene razón.

—¡Imposible! —saltó el señor Frowning—. ¡Nos quiere hacer comulgar con ruedas de molino!

—Cálmese, señor Frowning —continuó el doctor Ready—. Aún no he terminado. Cada año de Grewas corresponde a veinticinco de los nuestros, ¿comprende?

Para comprobar el efecto de su aseveración, el doctor se encaró con el señor Jygr Kuht, diciéndole:

—Sepa usted que yo tengo veintisiete años y que usted debe tener cincuenta.

El señor Kuht pestañeó.

Y no dijo nada.

El doctor Ready, aumentando su sonrisa, prosiguió:

—Años de los nuestros, se entiende, de los de nuestra Tierra, de trescientos sesenta y cinco días.

El señor Jygr Kuht cesó de pestañear.

—Bueno —convino—. Admito que, desde su punto de vista, puede que sea así. Ahora que, no se hagan ilusiones, en Grewas no se tiene en cuenta para nada el punto de vista de los habitantes de este astro. Un año... es un año, no veinticinco. Y el Sol es el Sol, el verdadero Sol, no el que los alumbra a ustedes cuando no hay nubes.

Con intención, probablemente, de que el teniente llevara adelante la ficha, el señor Kuht le miró.

El doctor, haciendo un esfuerzo sobrehumano, consiguió sacudirse una especie de somnolencia que le invadía.

Y sin dar tiempo al teniente Shallop para que hablara, acercándose a la ventana, preguntó:

—¿Por qué ha venido usted a nuestra Tierra, señor Jygr Kuht?

—Por casualidad —confesó el aludido—. Pasábamos por ahí en el Hu7...

—¿Qué es el Hu7?

—Un mundillo artificial.

—¿Como un satélite?

—¡Qué satélite ni qué satélite! ¡Lo va a comparar con esas cosas que han lanzado ustedes! ¡El Hu7 es un mundillo que no está sujeto a ninguna órbita!

—¿No pertenece a Grewas?

—¡Desde luego! Lo que ocurre es que es un mundillo de investigación. Nosotros no hacemos como ustedes, que nos quedamos hundidos en el fondo de nuestra atmósfera. Nosotros exploramos el espacio sin descanso. Grewas tiene actualmente

ochocientos mundillos en acción, y, cada uno por un lado, nos adentramos por los diversos sistemas solares del Universo.

—¿Qué buscan?

—Saber. Procuramos asimilar los conocimientos de los astros habitados que encontramos en nuestras respectivas rutas.

—¿Entonces hay más astros habitados que el nuestro?

—¡Qué... qué ingenuo me está resultando usted, doctor! ¡Vaya una pregunta!

Y cuando a todos les daba la impresión de que el señor Kuht iba a abordar un tema tan interesante, interrumpiéndose bruscamente, declaró:

—Tengo que ir a Washington.

No pidió nada a nadie.

No hizo más que decirlo, exactamente igual que cuando se lo dijo a la señorita Pilaster.

Y como entonces, pese a que ninguno de los presentes pensaba en desplazarse a Washington, todos sintieron la imperiosa necesidad de acompañarle.

—¿Qué combinación hay? —inquirió el doctor Ready.

Contestó el teniente, consultando en el acto su reloj de pulsera:

—El avión de San Francisco tiene llegada a Little City dentro de media hora.

—No hay un minuto que perder —dijo Olivia Pilaster, poniéndose en pie.

El teniente Shallop la imitó.

El sargento, de dos zancadas, se llegó a la puerta y la abrió de par en par.

Y fueron saliendo...

Solamente quedó en la habitación el señor Frowning, el cual pareció haber perdido de repente todo interés por nada que no fuera sentarse en la silla y contemplar el humito azulado que le envolvía las piernas.

* * *

El avión volaba por encima de las nubes.

El ruido de sus cuatro potentes motores se percibía suavemente en el aislado departamento de pasajeros.

Era como un murmullo adormecedor.

Maureen Abbey, la aeromoza del avión de San Francisco a Washington, apareció en el umbral de la puerta de la cabina de los pilotos.

Y echó a andar.

Pasillo adelante, se fue fijando con detenimiento en todos y cada uno de los pasajeros que iban arrellanados en las muelles butacas.

A algunos, a los que procedían del principio del trayecto, ya los conocía.

A otros, a los que acababan de subir en Little City, bien podía decirse que no los había visto en su vida.

Los entrevió, nada más, cuando pasaron a bordo por la escalerilla del costado, procedentes de un «jeep» que, con su conductor, un uniformado sargento de la Policía de Tráfico, se había quedado en el aeródromo.

Eran cuatro.

Un señor gordito, casi calvo, que se atusaba continuamente el bigote y lo miraba todo con patente curiosidad, y tres personas más: un apuesto teniente, de hombros anchísimos y pelo rizado; un señor joven, de aspecto inteligente, que llevaba unas gafas muy grandes, y una señorita, de unos diecinueve años, muy agraciada.

Por eso, por resultarles casi desconocidos, Maureen Abbey se fijó en ellos más que en los demás.

En realidad, aunque la aeromoza no se lo comunicara a ningún pasajero, su salida de la cabina de los pilotos obedecía a aquellas cuatro personas.

Porque es que, desde el primer instante, aunque a ella le resultaba absurdo atribuirles lo que a la sazón estaba ocurriendo en el tetramotor, le parecieron bastante... raros, por no decir sospechosos, ya que, en realidad, no sospechaba nada.

La atención de Maureen Abbey se concentró en el señor Jygr Kuht, en la señorita Pilaster, en el doctor Ready y en el teniente Shallop.

En el primero, debido a la curiosidad citada, que él no se tomaba la molestia de disimular; en los tres últimos, porque, pese a que lo que demostraban no era curiosidad, llevaban los ojos enormemente abiertos.

Casi saliéndoseles de las órbitas.

Y apenas pestañeaban.

A Maureen Abbey le dio la impresión de que los tres se hallaban bajo el influjo de un tan extraordinario como incomprensible hipnotismo.

Con pausa, la aeromoza, que iba hacia la popa del aparato, terminó el recorrido y se volvió.

Y, siempre sin apresurarse, deshizo el camino y fue a introducirse por la misma puerta por donde apareciera.

El piloto, al oírla entrar en la cabina, giró un poco el cuello.

—¿Qué hay? —inquirió, con cierta ansiedad en el tono de la voz.

—No hay nada, Comprall —repuso Maureen Abbey, cerrando la puerta de entrada—. El gordito sigue mirándolo todo y los otros continúan con los ojos muy abiertos.

Comprall murmuró algo ininteligible.

—Después de todo —agregó la aeromoza—, no se les puede impedir que vayan como quieran. Han abonado su pasaje.

—¿Qué equipaje llevan? —quiso saber el piloto.

—Ninguno. Absolutamente ninguno. Ni siquiera un maletín o una cartera de mano.

—No lo comprendo —murmuró, de nuevo, el piloto, aunque esta vez de forma audible—. ¡Y el caso es que no me cabe duda de que son ellos los que llevan el peso que nos desnivela!

Maureen Abbey soltó una carcajada.

El piloto se la quedó mirando.

La aeromoza se puso seria.

—¿Usted no cree lo que sucede —preguntó el piloto—, verdad?

—Creerlo, creerlo... —empezó Maureen Abbey, haciendo un gesto de franca incredulidad.

—Pues mire esto...

Y Comprall dejó de hacer cierta presión que estaba ejerciendo sobre el timón.

El tetramotor, peligrosamente, dio un bandazo y se inclinó hacia un lado.

Aunque ellos no lo sabían, precisamente hacia el lado donde estaba sentado el señor Kuht.

—¿Se ha convencido? —dijo el piloto—. Se me están agarrotando las manos de tanto empujar.

—Estamos perdiendo altura —terció el copiloto, antes de que dijera nada la aeromoza.

—¡Lo que nos faltaba! —se quejó Comprall—. ¡Ahora voy a tener que aumentar la velocidad si queremos estar en Washington de acuerdo con el horario!

Y, en el acto, se dispuso a hacer lo que había anunciado.

Y lo hizo, en efecto.

Y entonces, horrorizados, Comprall, Maureen Abbey, el copiloto y el radiotelegrafista vieron subir una larga lengua de fuego de uno de los motores.

—¡Lo que nos faltaba! —tornó a quejarse el piloto. Y seguidamente, dirigiéndose al de la radio—: ¡SOS, rápido...!

Después, recobrando la calma de manera increíble, soltó una

mano del timón y cogió un micrófono.

—¡Atención, atención...! —habló, imperativa y tranquilamente, para que le oyeran los pasajeros—. ¡Conserven la serenidad! ¡Es un accidente sin importancia! ¡Vamos a aterrizar! ¡Ya estamos en Washington! ¡Abróchense los cinturones!

El tetramotor, como Comprall, con una sola mano no lo sujetaba lo necesario, se desniveló de nuevo.

Y de nuevo el piloto, dejando el micrófono donde lo había cogido, lo niveló.

Maureen Abbey, pálida por debajo del maquillaje, se fue de la cabina.

Su puesto estaba entre los pasajeros, a los que tenía el deber de ayudar.

Todos los viajeros gritaban.

Es decir, todos, todos, no.

Porque el señor gordito, que se levantó de su butaca, haciendo caso omiso de la orden de abrocharse el cinturón, ni siquiera tenía la boca abierta.

Y no la abrió hasta que, después de habérsele plantado delante, hizo una pregunta:

—¿De qué es ese fuego?

La muchacha, vagamente, repuso:

—Del motor.

El señor gordito se atusó el bigote y sonrió.

—Ya lo había advertido —dijo luego—. Lo que quería decir es que si es fuego producido por alguna desintegración atómica, o simplemente fuego sencillo.

Maureen Abbey no había oído jamás decir aquello de «fuego sencillo».

Para ella, el fuego había sido siempre fuego.

No obstante, en vez de apartar de su camino al señor que la había parado, tuvo una especie de intuición...

Algo indefinido, como una idea indecisa, que la hizo pensar en que, después de todo, por muy fuego que fueran todos los fuegos, debía existir alguna diferencia entre los ocasionados por una desintegración atómica y una combustión de gasolina.

Conque manifestó que se trataba de esto último.

—¿Y por qué no lo apagan? —interrogó, como asombrado, su interlocutor.

La aeromoza se quedó perpleja.

El piloto, desde luego, ya habría cortado el encendido, impidiendo que llegara nueva gasolina al sitio del siniestro.

Sin embargo, el ala ardiendo y las llamas amenazaban alcanzar el motor más próximo al fuselaje.

—¿Por qué no lo apagan? —repitió el hombre gordito, extrañado de que ella no articulase ni una sílaba. Maureen Abbey parpadeó.

Y temiendo habérselas con un pasajero que no estaba en sus cabales, le dijo lo primero que se le ocurrió:

—Ahora lo van a apagar. No se preocupe. Siéntese, abróchese el cinturón y permanezca quietecito. ¡Calma, calma, estamos llegando al aeródromo!

Esto último, aunque no era verdad, lo aseguró en voz muy alta, deseosa de sosegar a los desencajados y vociferantes pasajeros que comentaban, empavorecidos, la intensidad de las llamas.

El señor gordito, impávido, no se movió de donde estaba.

Sonriendo nuevamente, insistió:

—Tienen que salir enseguida. ¿No comprende que, si no, nos vamos a quedar sin aeronave?

Y bajando la voz, confidencialmente, añadió:

—Conste que no lo siento por mí. Yo, al fin y al cabo, con dejar caer el contrapeso... Lo siento por toda esta gente... Todos se quemarían, ¿verdad?

La aeromoza se estremeció.

Allí iban tres mujeres y veinte hombres que, sin ninguna duda, se quemarían.

¡Y ella seguía empeñada en una conversación que no sabía cómo acabar!

—Ahora saldrán... —musitó—. Ahora saldrán.

—Es que tienen que darse prisa —exclamó su interlocutor.

Maureen Abbey se enfadó.

Contra todas las normas de la Compañía, dándole un empujón al viajero, le gritó:

—¿Por qué no sale usted y me deja en paz de una vez?

Y se le puso la carne de gallina, cuando al oírla, el apuesto teniente, el joven de las gafas y la señorita agraciada, todos a un tiempo, gritaban también:

—¡Es verdad, señor Kuht! ¡Salga usted! ¡Salga usted!

—No tengo inconveniente —afirmó el aludido—. Ahora, que necesitaría algo largo, largo...

Y abrió los brazos, para explicar gráficamente lo que quería.

—¿Una cuerda? —preguntó Olivia Pilaster.

—¿Una... cuerda? —repitió el señor Jygr Kuht. Y luego—: Pues sí... Eso... Una cuerda...

¡Cualquiera encontraba una cuerda!

—¡Mire a ver si le sirve esto, señor! —le ofreció una señora que había ido todo el camino haciendo punto, echándole un ovillo de lana.

El señor Kuht cogió al vuelo el ovillo.

Y sacó una hebra, tiró... y la rompió.

—No sirve —anunció—. Preciso algo más fuerte. Por ejemplo... Por ejemplo... ¡Ya está! —exclamó, subiéndose de un salto a su butaca, desde donde gritó—: ¡Que todos los pasajeros se quiten la corbata! ¡Voy a pasar a recogerlas!

Excusado es decir que todas las personas que se hallaban en el departamento estaban al tanto de lo que sucedía.

Por eso el señor Jygr Kuht, de uno en uno, sin que nadie pusiera el menor inconveniente, pudo ir recogiendo las corbatas que le ofrecían.

Sólo hubo uno, entre los veinte hombres, que se negó en redondo a quitársela.

Era un señor de imponente presencia.

Pelo blanquísimo, barba patriarcal, traje de irreprochable corte y abultada cartera de mano amorosamente apretada contra el pecho.

Cuando el señor Kuht llegó a donde estaba sentado, chilló:

—¡Imposible! ¿Cómo voy a presidir el consejo de administración sin corbata?

No hubo manera de disuadirle.

Ni siquiera diciéndole que, a lo mejor, si alguien no apagaba el fuego, no iba a poder presidir el consejo de ninguna forma.

No hizo ni caso.

Olímpico, los miró a todos por encima del hombro y continuó abrazando la cartera.

Lo dejaron.

No había tiempo para discusiones.

Las llamas no cesaban de ganar terreno hacia el motor que tenían al lado.

El señor Jygr Kuht, una tras otra, fue atando rápidamente las puntas de las corbatas, hasta conseguir algo semejante a una cuerda.

—¡Ya sabía yo que las corbatas tenían que servir para algo útil! —exclamó, aunque muy pocos le entendieron, cuando el último nudo estuvo hecho—. ¡Sujeten este extremo...!

El doctor Ready, el teniente Shallop y otro pasajero, que se brindó, cogieron el extremo de la larga tira de telas anudadas.

Y el señor Kuht, atizándole un trastazo al «inastillable e irrompible» cristal de la ventanilla que estaba más cerca del ala que

se quemaba, lo hizo polvo y salió al exterior por el hueco.

El tetramotor acusó el desplazamiento del enorme peso que llevaba el señor Jygr Kuht en el brazo.

Se inclinó...

—¡Cuidado! —avisó la señorita Olivia Pilaster.

—¡Bah! —repuso el señor Kuht—. No hay miedo. ¿No ve que no tengo vértigo? Además, como la velocidad es reducidísima...

Cogió un extintor que le alargaba la aeromoza, y echó a andar ala adelante.

A causa de la «cuerda» de corbatas multicolores que le unían al departamento del pasaje, parecía un extraño montañero.

Caminaba con increíble seguridad. Como si, en vez de encontrarse encima del ala de un avión en pleno vuelo, estuviese en cualquier sitio, en suelo firme, sin peligro alguno.

Sin embargo, el aparato, aun perdiendo altura, volaba todavía sobre las nubes.

El señor Jygr Kuht tardó escasos segundos en alcanzar el lugar del siniestro.

Lo que aconteció luego, dentro de lo insólito fue lo normal.

El señor Kuht empleó el extintor que le diera Maureen Abbey y apagó totalmente el fuego.

Y a continuación retrocedió.

Y entonces, como se pusiera frente al fortísimo viento de la hélice que giraba en el motor sano, fue impulsado para atrás con incontenible ímpetu.

El señor Jygr Kuht hizo desesperados esfuerzos para no dejarse arrastrar.

Se contorsionó, movió los brazos, soltó el extintor, tiró de la «cuerda» de corbatas...

Fue en vano.

Por más que hizo cuanto debió creer apropiado para continuar encima del ala, la velocidad del tetramotor, unida a la inclinación que le daba el contrapeso, lo obligaban a resbalar...

Por último, perdió pie y cayó...

En el departamento de pasajeros resonó un alarido de desesperación.

Durante un momento, el doctor Ready, el teniente Shallop y el viajero que los ayudaba sintieron que la cuerda que sostenían se tensaba.

Luego, sin que a ninguno le extrañara demasiado, la cuerda se destensó.

Era natural.

El señor Kuht la había soltado.

Los colorinches de las corbatas flamearon pegados a las ventanillas.

Maureen Abbey, incapaz de resistir por más tiempo la emoción que experimentaba, balbuceó:

—Con tres... motores podemos... llegar...

Y cayó, redonda, en medio del pasillo.

CAPÍTULO VIII

Comprall, el copiloto y el radiotelegrafista, como es de suponer, se percataron de todo cuanto acaeció en el ala del tetramotor.

Y el piloto, sudando a mares, notó que, al caer al espacio el viajero que había tenido el arrojo de salir a apagar el fuego, el avión se nivelaba por sí solo.

Después, casi antes de que se diera cuenta de ello, el aparato, inopinadamente, descendió la popa y comenzó a elevarse.

Atónito, Comprall se dispuso a iniciar otra vez la extraña lucha que estaba sosteniendo con el indómito tetramotor, el cual, a su antojo, tan pronto «quería» volar inclinado como ganar altura.

Con cierta experiencia ya, el piloto presionó en el timón y actuó de la manera que creyó más conveniente.

Y tuvo éxito.

El avión, si bien con una suavidad que Comprall no se esperaba, fue adquiriendo la posición horizontal.

Luego, de forma tan inopinada como antes, a pesar de los denodados esfuerzos del piloto para evitarlo, el tetramotor, descendiendo la proa se puso a bajar.

Enfiló hacia la capa de nubes que se balanceaba debajo.

Comprall apretó las mandíbulas y creyó desmayarse.

Como en sueños, por fuera de la carlinga, vio aparecer la cabeza del hombre calvo, sonriente, que tabaleaba con los dedos en los cristales.

Aunque el suceso les resultaba inverosímil, el copiloto y el radiotelegrafista se abalanzaron a abrir la transparente carlinga.

Ninguno sabía lo que había estado ocurriendo sobre el metálico cuerpo del avión.

Nadie había visto cómo el señor Jygr Kuht, al sentirse caer en el espacio, por no arrastrar a los hombres que él sabía estaban sujetando el extremo de las corbatas anudadas, soltó la punta que él llevaba agarrada.

Porque, como la velocidad del tetramotor le hizo colocarse paralelo al fuselaje, en la parte de popa, le resultó más sencillo asirse a la cola que seguir sosteniendo las corbatas.

Ése fue el motivo de que, como queda apuntado, el avión, en determinado momento, debido al considerable peso del «oro millóntuple», descendiendo la popa, comenzara a elevarse.

Tampoco vio nadie cómo el señor Kuht, luego, echó a andar hacia la proa, a lo largo del techo del departamento de pasajeros, ni

cómo, al caminar, el tetramotor, dejándose influir siempre por el metal de «pesadez reforzada», tomaba, primero, la posición horizontal, y después, inclinando la proa, empezaba a enfilar hacia las nubes de abajo.

Éste fue el instante en que el señor Jygr Kuht, llegado ya a la carlinga, se agachó y golpeó con los dedos los cristales de ésta.

El copiloto y el radiotelegrafista, en el acto, le franquearon la entrada.

Y el señor Kuht pasó al interior.

—Señores, gracias por su ayuda —sonrió—. No esperaba menos de ustedes.

Todavía dominados por el pasmoso acontecimiento, ninguno de los tres hombres supo qué contestarle.

—Han sido los zapatos —siguió el señor Jygr Kuht, poniéndose en un pie para mirar una de las suelas—. No sé cómo los pueden llevar corrientemente. Son rígidos, se resbalan...

No hace falta decir que nadie comprendió que el señor Kuht estaba justificando su aparatosa caída.

El avión, mientras tanto, seguía cayendo y cayendo.

Comprall, agarrado frenéticamente al timón, hacía imposibles para impedir que continuara perdiendo altura.

Si no lo lograba, no le quedaría más remedio que intentar un aterrizaje forzoso.

El copiloto cerró la carlinga.

El radiotelegrafista se volvió a su puesto.

—¿Qué es esto? —preguntó el señor Jygr Kuht, señalando el transmisor-receptor.

El radiotelegrafista se lo dijo.

El señor Kuht se atusó el bigote.

—¡Vaya un aparato complicado! —murmuró—. ¡Esto tiene que ser más difícil que...!

Se detuvo, clavó los ojos en el radiotelegrafista y le dijo:

—¿Puede alcanzar cinco «marlas de sincatos»?

El de la radio se puso rígido.

—¿Cinco... qué?

Impertérrito, el señor Jygr Kuht repitió:

—Cinco «marlas de sincatos».

—¡En mi vida he oído eso!

El señor Kuht sonrió.

—Entonces —dijo—, ¿en qué miden ustedes la frecuencia?

—En kilociclos —repuso, automáticamente, el radiotelegrafista.

—¡En... kilociclos! —reiteró el señor Jygr Kuht—. ¡Vaya unas

palabras extrañas! ¡Nudo, cuerda, kilociclos...! ¡Huy, cuando lo cuente...!

Y, sin más, abrió la puerta que comunicaba la cabina de los pilotos con el departamento de pasajeros y salió por ella.

La aeromoza, que estaba recobrando el conocimiento, al verle, volvió a desmayarse.

El señor Kuht, en lugar de ocupar su butaca junto al doctor Ready y la señorita Olivia Pilaster, tomó asiento en el santo suelo, en el centro del pasillo, aproximadamente.

—¡Ya no caemos! —avisó, jubiloso, el teniente Shallop.

Ya no caían, en efecto.

A causa de haberse sentado el señor Jygr Kuht donde lo hizo, el tetramotor dejó de dirigirse hacia las nubes y su vuelo se convirtió en horizontal.

Y como con tres motores se podía llegar al aeródromo, Comprall, aun sin tenerlas todas consigo, se limpió el sudor y desistió de verificar el aterrizaje forzoso.

¡Estaban tan cerca ya de Washington...!

* * *

Al tomar tierra el avión, el señor Kuht se levantó del suelo.

—¡Sí están, sí están! —gritó, precipitándose a la ventanilla cuyo cristal había roto él.

—¡Claro que están! —gritó también el barbudo señor de la cartera de mano, desabrochándose el cinturón—. ¿Suponía, acaso, que no iban a venir? ¡Si le llego a dar la corbata...!

Y en voz baja, dirigiéndose exclusivamente a un individuo que se sentaba a su lado, le explicó:

—Como le decía, deben haber venido a buscarme...

El doctor Ready y la señorita Pilaster se aproximaron a la ventanilla donde estaba el señor Jygr Kuht.

Y miraron.

Lo que vieron los dejó boquiabiertos.

En el aeródromo había... multitud de tanques de guerra y cientos de soldados que, arma al brazo, iban de acá para allá.

—¡Esto sí que no falla en ningún sitio! —exclamó el señor Kuht, meneando la cabeza—. ¡En cuanto se enteran que estamos...!

—¡Miren allí, miren allí...! —voceó el teniente Shallop, apuntando con el dedo en determinada dirección.

Miraron, y...

Rodeado por un triple círculo integrado por tanques pesados y camiones y «jeeps» con ametralladoras y artillería ligera,

descubrieron un artefacto, semejante a un globo metálico, que brillaba al sol.

—Es mi monodesplazador de energía auto-compensada —explicó el señor Jygr Kuht, que añadió—: Kiol ha venido a esperarme.

—¿Entonces —le preguntó el doctor—, usted quería venir a Washington porque sabía que le iban a estar esperando aquí?

—¡Vaya una pregunta! ¡Claro...!

—¿Y por qué no le esperaron en el mismo Little City? —quiso enterarse el teniente, acercándose ya todos a la puerta del tetramotor, abierta por Maureen Abbey—. Hubiera sido más cómodo.

—La explicación es muy sencilla —replicó el señor Kuht—. Yo conozco Little City... ahora, ¿comprenden? Antes, ni en el Hu7 ni en Grewas mismo, no teníamos ni idea de que hubiese un poblado denominado así. Hasta que yo no lo cuente...

Olivia Pilaster intervino en la conversación:

—¿Quiere eso decir que Washington no les era desconocido antes de ahora?

—Visualmente, sí —asintió el señor Jygr Kuht—. Sin embargo, auditivamente, no. ¡Pues no suena, ni nada, Washington en el éter...! Washington por aquí, Washington por allá... Ése es el motivo de que Kiol me dijera: «Le aguardaré en Washington». Y como ven —terminó, bajando majestuosamente los peldaños de la escalera—, ha cumplido su promesa: acaba de llegar.

Sin preocuparse de los soldados ni de los tanques que pululaban por el aeródromo, el señor Kuht, seguido por nuestros tres amigos, intentó llegar a lo que él llamaba su «monodesplazador de energía auto-compensada».

Casi no haría falta mencionar que no los dejaron.

Enseguida se les acercó un oficial y los detuvo.

Y como las razones que alegó el señor Jygr Kuht no convencieran al oficial, éste tocó un pito.

Acudieron tres o cuatro «jeeps» llenos de soldados.

El «jaleo» no es para contarlo.

Menos mal que el doctor Ready, al sentirse rodeado por todas partes, tuvo la ocurrencia de decir al señor Kuht que se quitara el traje del señor Frowning, a lo que aquél accedió, dejando al descubierto su verdadera indumentaria: una especie de «maillot» plateado, de una tela cuyos roces sonaban metálicos, que le tapaba todo el cuerpo, excepto la cabeza y las manos.

—¿Qué dice usted ahora? —le preguntó el doctor al oficial

mientras, en cuclillas, hacía un paquete con la ropa—. Y le advierto —agregó— que lo que luce en el brazo es de oro millóntuple, conque...

El oficial se encogió de hombros.

—Yo me limito a cumplir órdenes, señor —repuso—. Este hombre va vestido de una manera que no comprendo a qué viene. Comprendan que no puedo tomar una determinación nada más por eso. Sobre mí hay superiores. Si ellos no lo mandan, por aquí no pasa ni el lucero del alba.

El oficial llevaba razón en todo.

El teniente Shallop lo comprendía perfectamente.

Él, en idénticas circunstancias, no hubiera obrado de distinta manera.

Conque preguntó, dispuesto a ir al grano:

—¿Quién manda la fuerza?

—El general Good —respondió el oficial. Y como en aquel momento se acercara un «jeep», cuadrándose, añadió, visiblemente aliviado—: Aquí lo tienen ustedes.

El teniente Shallop se cuadró también.

Tuvo que tomar la palabra el doctor Ready, ya que, por ir vestido de paisano, podía prescindir de ponerse firmes.

—Mi general —le dijo al recién llegado, colocándose el paquete de la ropa debajo del brazo—, este señor —apuntó al señor Jygr Kuht— tiene que subir a bordo de su... de su monodesplazador de energía auto-compensada, y parece ser que hay algunos inconvenientes que sólo usted puede allanar.

El general Good descendió del «jeep».

Y, con los ojos entornados, contempló al señor Jygr Kuht.

—¿Conque este señor...? —fue diciendo después, lentamente y muy bajito—. ¿Monodesplazador de energía auto-compensada...?

Se calló, permaneció un segundo en silencio, como para hacer su composición de lugar, y a continuación, en voz alta, encarándose con el señor Kuht, le preguntó:

—¿Quién es usted?

—Un habitante de Grewas que viaja por este Sistema Solar en el mundillo de investigación Hu7.

El general se mordió el labio inferior.

Luego se volvió hacia media docena de oficiales que habían llegado con él.

—¿Han entendido ustedes algo? —les dijo.

Los aludidos denegaron con la cabeza.

—Veamos —habló de nuevo el general Good, mirando otra vez

al señor Jygr Kuht—. ¿Es usted, acaso, un habitante de otro planeta?

El señor Kuht, sonriendo, asintió.

El general se puso muy serio.

—¿Le pertenece ese artefacto redondo?

El señor Jygr Kuht volvió a asentir.

El semblante del general Good se ensombreció más que lo que ya estaba.

—Tengo que consultar con el presidente —murmuró—. Si realmente demuestra usted que le pertenece ese artefacto, él es quien tiene que decidir. Yo... yo...

¡De repente, colocándose por entre los pies de todos, el suelo del aeródromo se cubrió de una capita de humo azulado!

—Yo... po... —prosiguió el general balbuceando—... tendré el... el placer de acompañar... a usted hasta su... hasta su... su...

—Monodesplazador de energía auto-compensada —le ayudó el sonriente señor Kuht a recordar.

—Eso, eso... Yo le acompañaré hasta su mono-desplazador de energía auto-compensada...

Y el general Good, pasándose la mano por la frente, terminó:

—¡Qué casualidad! ¡Si precisamente ahora tenía intención de ir!

Al parecer, todas las personas que se hallaban en el aeródromo de Washington tenían intención de ir también.

Y todos fueron.

Pilotos, soldados, oficiales, radiotelegrafistas, aeromozas, viajeros, empleados, cargadores...

El señor Jygr Kuht, al llegar a su artefacto, tocó cierta porción de la lisa superficie de éste.

Se abrió un hueco triangular.

El señor Kuht se volvió.

La multitud le contemplaba en silencio.

Nadie se movía.

Estaban todos como deslumbrados por el resplandor de su plateada vestimenta.

El señor Jygr Kuht se irguió, hinchó el pecho e hizo una reverencia.

Seguidamente, sonriendo, avanzó hacia Olivia Pilaster y le tendió la diestra. La muchacha se la estrechó.

Y otro tanto hicieron el doctor y el teniente cuando el señor Kuht se dirigió a ellos con la mano alargada.

—¿Quieren venir conmigo? —les preguntó el señor Jygr Kuht, mirándolos sucesivamente.

Fue tan súbita, la pregunta que ninguno de los tres estuvo seguro de haber oído bien.

El señor Kuht, al ver la cara que, no obstante, pusieron, prosiguió:

—Piénsenlo. Volveré por la respuesta dentro de tres años.

Giró sobre sus talones, se encaminó al hueco triangular y penetró en su «monodesplazador», que se cerró en cuanto él hubo pasado.

Breves segundos más tarde, sin el menor estrépito, sin el menor estremecimiento, suavemente, blandamente, fácilmente, el artefacto, subiendo con velocidad más que de meteoro, pareció esfumarse.

—¡Ha dicho que volverá dentro de tres años! —exclamó el general Good.

Olivia Pilaster asintió.

—¡Sí! —gritó el teniente Shallop, sin darse cuenta, levantando los brazos por encima de la cabeza, sin darse cuenta tampoco.

Y el doctor Ready añadió:

—Lo que no sabemos es si se referiría a años de los nuestros o de los suyos. Si son de estos últimos, tres años equivalen a setenta y cinco de los de la Tierra.

El general se dio media vuelta.

—¡No importa! —dijo enérgicamente, echando a andar hacia el «jeep»—. ¡Sea cuando sea, debemos estar preparados!

La multitud se puso en movimiento.

Los pilotos, los soldados, los oficiales, los radiotelegrafistas, las aeromozas, los viajeros, los empleados, los cargadores, en confusos grupos, comentando todos el asombroso suceso, volvieron a desperdigarse por el aeródromo.

En el suelo, disipándose en el aire, apenas quedaba nada del humito azulado.

F I N

ROBERTO ALCÁZAR
Y
PEDRÍN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE ESPAÑOL Y SU AYUDANTE

son conocidas por todos los buenos catadores de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce

Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACIÓN, SE LAS RECOMENDAMOS

Si no gusta de esta clase de aventuras con ilustraciones

RECOMIÉNDELA

al chico que desee pues se trata de la colección más

EMOCIONANTE Y SINGULAR DE CUANTAS SE PUBLICAN EN ESTE GÉNERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

JAIMITO

la publicación infantil más graciosa e interesante

PUBLICA MENSUALMENTE

SELECCIONES DE JAIMITO

Un extraordinario con

36 páginas

rebosantes de historietas cómicas, chistes, aventuras y pasatiempos seleccionados para diversión y recreo de los lectores

UNA PUBLICACIÓN CREADA

PARA ALEGRAR Y DIVERTIR

¡QUE HA CONSEGUIDO SU OBJETIVO!

Léala y será de los nuestros

NUNCA EL ÉXITO

de una publicación ha sido tan verdad como el logrado por las

AVENTURAS DE

YUKI
EL TEMERARIO

Historia de un piel roja que luchó por su honor y por el de su tribu

LOS CHIRICAUAS

defendiendo sus derechos y tradiciones.
Los títulos publicados:
YUKI EL TEMERARIO
TAM TAM DE GUERRA
LA LEY DEL LÁTIGO
INVASIÓN INDIA
ODIO DE RAZA
LA SOMBRA DE YUKI
JUGANDO CON LA MUERTE
EL PUENTE TRÁGICO
APARECE "TORO BRAVO"
LA CELADA DE LOS NAVAJOS

GARANTIZAN EL GRAN ÉXITO CONSEGUIDO POR ESTAS INTERESANTES AVENTURAS GRÁFICAS

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPACIO

Últimos títulos publicados

130 -- *El mundo subterráneo* -- Profesor Hasley
131 -- *Entre Marte y Júpiter* -- Joe Bennett
132 -- *Separación asteroidal* -- Joe Bennett
133 -- *Náufragos del universo* -- Joe Bennett
134 -- *La isla de otro mundo* -- Eduardo Texeira
135 -- *El tiempo desintegrado* -- Karel Sterling
136 -- *El conquistador del mundo* -- Profesor Hasley
137 -- *El ejército sin alma* -- Profesor Hasley
138 -- *Mensajes de muerte* -- Karel Sterling
139 -- *Motín robótico* -- Joe Bennett
140 -- *Cita en la Luna* -- Van S. Smith
141 -- *Misterio en la Antártida* -- Larry Winters
142 -- *Cosmoville* -- Joe Bennett
143 -- *Ataúdes blancos de Oberón* -- Karel Sterling
144 -- *Nosotros, los marcianos* -- Van S. Smith
145 -- *El doble fatal* -- Joe Bennett
146 -- *La ruta perdida* -- Karel Sterling
147 -- *Embajador en Venus* -- Van S. Smith
148 -- *El astro prohibido* -- Joe Bennett
149 -- *Niebla alucinante* -- C. Aubrey Rice



Notas

[←1]

Reciben el nombre de isómeros los cuerpos de igual constitución química y diferentes propiedades físicas.